

SERVICIO SECRETO

**BRU  
GUE  
RA**

BOLSILIBROS

**T** POLICIACO

**MEJOR  
DISPARAR  
QUE HABLAR**

***Clark  
Carrados***



La idea de hacer la fotografía surgió de la propietaria de la cámara, una preciosa muchacha de largos cabellos rubios y ojos como lagos de alta montaña.

—Me queda solo una placa, así que vamos a aprovecharla. Ahí cerca, además, veo una tienda de artículos fotográficos y llevaré el carrete inmediatamente, para que me lo revelen y enviarte la copia cuanto antes. ¿Te parece bien?

La amiga accedió en el acto. Estaba en viaje de luna de miel y había ido a visitar a la dueña de la cámara, condiscípula de tiempos pasados en un colegio para señoritas, de gran reputación. Por tanto, la amiga y su flamante esposo, se colocaron en la posición adecuada, mientras la dueña de la cámara se aprestaba para buscar el mejor ángulo y obtener así una buena fotografía.



Clark Carrados

# **Mejor disparar que hablar**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1729**

**ePub r1.1**

**Lds 28.02.19**

Título original: *Mejor disparar que hablar*

Clark Carrados, 1983

Cubierta: García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO  
SECRETO**



## CAPÍTULO PRIMERO

La idea de hacer la fotografía surgió de la propietaria de la cámara, una preciosa muchacha de largos cabellos rubios y ojos como lagos de alta montaña.

—Me queda solo una placa, así que vamos a aprovecharla. Ahí cerca, además, veo una tienda de artículos fotográficos y llevaré el carrito inmediatamente, para que me lo revelen y enviarte la copia cuanto antes. ¿Te parece bien?

La amiga accedió en el acto. Estaba en viaje de luna de miel y había ido a visitar a la dueña de la cámara, condiscípula de tiempos pasados en un colegio para señoritas, de gran reputación. Por tanto, la amiga y su flamante esposo, se colocaron en la posición adecuada, mientras la dueña de la cámara se aprestaba para buscar el mejor ángulo y obtener así una buena fotografía.

Al fin, se dispuso a apretar el disparador. Casi sin darse cuenta, se percató de que un hombre joven y bien parecido venía en dirección contraria a ella.

Ocurrió todo de forma completamente inesperada. En el momento en que hacía funcionar la cámara, el hombre joven y apuesto, sacó un revólver y disparó cuatro tiros contra otro que estaba a la derecha de la fotógrafa.

Sonaron unos chillidos de espanto. La víctima se agitó convulsivamente, mientras la recién casada perdía el conocimiento y caía en brazos de su marido.

La muchacha se sobresaltó terriblemente. Había ocurrido todo con tanta rapidez que casi no tuvo tiempo de reaccionar. Pese al susto, supo, sin embargo, mantener la serenidad, a pesar de que el autor de los disparos continuaba a muy poca distancia, con el arma todavía en la mano.

La muchacha le miró fijamente. Era un hombre muy alto, apuesto, de pelo negro y rizado, y rostro agradablemente tostado. Muy robusto y fornido, sin duda, pero sin una sola onza de grasa en su musculatura.

El asesino la miró también y sonrió.

—No se alarme, señorita —dijo—. Todo ha sido una ficción. Las balas del revólver son de fogueo. Estamos realizando una película, ¿sabe?

Ella respiró satisfecha.

—Siendo así... Pero me ha dado usted un susto de muerte —exclamó—. Oiga, no veo ninguna cámara...

El joven señaló un furgón comercial situado a poca distancia.

—Está situada ahí —indicó—. Así no obstaculizamos el tránsito ni nos tenemos que preocupar de los curiosos. De todos modos, siento muchísimo lo sucedido, pero hacía ya rato que funcionaban las cámaras y no podíamos detenernos, llevamos varios días tratando de filmar la escena y...

—Bueno —dijo ella sonriendo—, puesto que se trata solamente de una ficción, dígame a la «víctima» que se levante. Se va acatarrar si persiste en continuar tumbado en el suelo.

El actor volvió la cabeza hacia la víctima. De pronto, frunció el ceño.

—Eh, Sean —llamó—. Vamos, perezoso, levántate...

El «muerto» no contestó. Alguien desembarcó de pronto del furgón y corrió hacia los actores.

—Hank, por todos los diablos, ¿qué hace ese idiota tendido ahí sobre la acera? ¿Es que no recuerda que tenemos que empezar la siguiente escena?

Hank Turbin volvió a fruncir el ceño. Súbitamente, vio algo que le causó un terrible choque.

Arrodillándose junto al caído, le examinó el pecho un instante. Luego alzó la vista hacia el recién llegado.

—Erwin, ¿quién diablos preparó mi revólver y le puso, por lo menos, un cartucho con bala?

Hubo un instante de silencio. Luego, Erwin MacRae, ayudante de dirección, se inclinó sobre el caído, vio la mancha encarnada en la blanca camisa y se tapó la cara con las manos.

—Dios... No puedo creerlo... ¡Está muerto! —gimió.

La muchacha oyó aquellas palabras y se mareó. La recién casada se había recuperado en parte, merced a las atenciones de su marido, quien en aquellos momentos le estaba explicando que todo había sido una farsa. Oyó también la frase fatídica y volvió a desmayarse.

En cuanto a Turbin, bajó la vista hacia el revólver que aún tenía en la mano y que había sido el causante de una desgracia incomprensible. Se había convertido en un homicida y el hecho de que su acción careciese en absoluto de voluntariedad no le consolaba en absoluto.

Mientras tanto, alguien había avisado a la policía y el sonido de una sirena se percibió a lo lejos, acercándose con toda rapidez.

\* \* \*

Turbin cruzó el bien cuidado jardín, después de que el mecanismo eléctrico hubiese abierto la cancela, y llegó ante la casa, construida a finales del siglo pasado, pero con un estilo arquitectónico que aún resultaba agradable. Sin renegar de la época, tenía una cierta apariencia de modernidad, que le confería un notable atractivo.

Llamó a la puerta y una atildada doncella, con traje negro, cofia, cuello, puños y delantal blancos, apareció en el umbral.

—¿Señor?

—Me llamo Turbin y deseo ver a la señorita Hyland —manifestó el joven—. Dígale que esta mañana, ella y yo nos vimos en la calle, cuando se produjo aquel accidente...

Una voz femenina interrumpió de pronto al visitante.

—¿Quién es, Pamela?

La doncella se volvió.

—El caballero pregunta por usted, señorita —informó.

—Turbin —dijo la joven.

Ella sonrió encantadoramente.

—Creo que está equivocado, señor —contestó—. No es a mí a quien busca, sino a mi hermana Janice. Perdóneme un momento, iré a avisarla inmediatamente.

Turbin se quedó con la boca abierta. La semejanza con la muchacha de la cámara fotográfica era absoluta. Parecían dos gotas de agua.

La doncella le condujo a un saloncito exquisitamente amueblado y le dejó solo. Turbin se rascó la cabeza.

—Si yo fuese un árabe, me casaría con las dos y así duplicaría mis satisfacciones —comentó a media voz.

Una puerta se abrió a los pocos momentos y una hermosa muchacha entró en el salón, caminando con paso vivo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Hank Turbin... Pero, caramba, señorita Hyland, nos vimos esta mañana en... ¿No la ha avisado su hermana de que he venido a verla?

—¿Avisar yo? ¿A quién, señor Turbin?

—A usted claro, Janice, según los diarios... He hablado con su hermana gemela hace unos instantes y me dijo que iba a avisarla...

—¡Ah, ya entiendo! Usted quiere ver a Janice, que es la que se ha visto envuelta en ese espantoso jaleo de un crimen auténtico filmado en plena calle.

—¡Pero si fue usted misma, señorita! —exclamó Turbin, aturdido por las extrañas respuestas de la muchacha.

—Perdone, amigo mío, pero creo que se equivoca. Yo no soy Janice y no le he visto a usted en mi vida.

—Oiga, si usted no es la que vio el tiroteo, entonces es la que me dijo avisaría a Janice inmediatamente.

La muchacha rompió a reír en el acto.

—Creo que comprendo —dijo—. Usted quiere ver a Janice, pero se ha encontrado antes con Eunice. Yo soy Beatrice y, no se preocupe, ahora mismo vendrá mi hermana Janice.

Turbin se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Beatrice salía ya de la estancia por la puerta opuesta, dejando a un joven sumido en el más profundo desconcierto.

—¡Trillizas! —dijo Turbin, cuando, al fin, se hubo recuperado de la sorpresa—. ¡Son trillizas!

La pesadilla de una noche de verano, se dijo, sin saber por qué. Y casi empezó a arrepentirse de haber ido a aquella casa, pero en aquel momento volvió a abrirse la puerta y una muchacha entró en el saloncito.

Turbin retrocedió un paso.

—Antes de hablar, dígame su nombre —solicitó.

—Janice, la que estaba en la calle cuando se produjo aquel asesinato —respondió ella.

Turbin se puso una mano en el pecho.

—Menos mal —dijo, muy aliviado—. Empezaba ya a dudar de la integridad de mis sentidos y creía tener alucinaciones... Una tras otra, desfilaron cientos de muchachas absolutamente iguales a usted...

Janice rió suavemente.

—Por favor, siéntese —invitó—. Fue un capricho de la naturaleza, ocurrió hace... Ejem... No le importa no saber nuestra edad, ¿verdad?

—Oh, por supuesto —respondió él—. Soy un hombre discreto, aunque también observador y apuesto a que nacieron hace menos de un siglo.

Los ojos de la joven chispearon.

—Muy amable, señor...

—Turbin, Henry Spencer Turbin, aunque todos me llaman Hank, señorita Hyland. Y, créame, aunque sea en circunstancias tan poco agradables, celebro haberla conocido.

Janice se sentó frente al joven.

—Siento mucho lo ocurrido, Hank. Sospecho que no debe de resultar agradable saber que, aunque haya sido de forma involuntaria, ha causado la muerte de un compañero de profesión y tal vez amigo. Algún descuidado, sin duda, puso cartuchos con bala en su revólver...

—Pues, no, se equivoca, Janice —manifestó el joven sorprendentemente—. No había una sola bala en mi revólver. Todos eran cartuchos de fogeo.

—¿Cómo? —saltó ella en su asiento—. ¿Quiere decir que lo mató otra persona?

—Así ha sido —confirmó Turbin—. Un desconocido disparó contra el pobre Sean Mallory en el preciso instante en que yo simulaba su asesinato, y le perforó el corazón con un proyectil auténtico. Aunque me detuvieron en los primeros momentos, la Policía me soltó muy pronto, cuando se comprobó que mi revólver no había sido manipulado. Además, tampoco habría podido disparar la bala auténtica que mató a Mallory. El revólver que yo usaba, por supuesto, puede utilizar proyectiles de verdad, pero del

calibre treinta y ocho, y la bala que se encontró en el cuerpo de la víctima era del calibre treinta y dos.

—¡Asombroso! —Calificó Janice—. De todos modos, y aún lamentando lo ocurrido, celebro que se haya demostrado su inocencia. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí, si no tiene inconveniente, Janice.

—Espero que pueda ayudarle, Hank. ¿De qué se trata?

—Verá... Usted estaba haciendo fotografías cuando se produjo el suceso. Por la posición respectiva de los protagonistas del hecho, calculo que usted pudo muy bien fotografiar al auténtico asesino, sin que éste se diera cuenta.

—Oh, no se me había ocurrido... ¿De veras lo cree así?

—Es una posibilidad, Janice. ¿Tiene usted todavía el rollo de fotografías?

—No, lo llevé a los pocos momentos a una tienda que había en las inmediaciones. Me dijeron que tendrían las fotografías listas para mañana por la mañana.

—Si no le importa, me gustaría ver las que usted hizo en aquellos parajes —Turbin se puso serio de repente—. Mallory era un buen amigo y me gustaría poner la mano encima a su asesino.

—Lo habrá informado a la Policía, supongo.

—No, es algo de lo que no me he percatado hasta hace poco. Entonces, pensé que sería conveniente venir a verla a usted... Vi su nombre en las informaciones de los periódicos, junto con una fotografía que, por cierto, no la favorece en absoluto, y así supe dónde vivía...

Turbin se puso en pie.

—En fin, no quiero molestarla más. Mañana por la tarde, la llamaré para que me indique la hora en que puedo pasar a verla de nuevo.

—Haremos algo mejor —sonrió ella—. Nos vamos a la hora del almuerzo en...

—Lo siento mucho; mañana tengo rodaje otra vez y no sé a la hora que terminaré. Se filma en el estudio, aunque, desde luego, saldré con el tiempo justo para asistir al entierro de mi pobre amigo.

—Como quiera, Hank —dijo la muchacha.

Turbin vaciló un momento. Luego emitió una sonrisa de

circunstancias y dijo:

—Me he sentido desconcertado al saber que son trillizas...

—Un fenómeno de feria —rió ella—. Le acompañaré, Hank.

—Gracias, Janice.

Salieron juntos de la estancia. Otra muchacha idéntica se cruzó con ellos.

—¿Todo resuelto, Janice?

—Sí, desde luego.

Turbin movió la mano.

—Voy a ver si acierto. Usted —se dirigió a la otra—, es... es Beatrice...

La joven se echó a reír.

—Falló el tiro, amigo; soy Eunice.

Turbin hizo un fingido gesto de pesar.

—Esta noche me tomaré para cenar un bocadillo de aspirinas —dijo—. La cabeza me empieza a dar vueltas y creo que soñaré toda la noche con muchachas exactamente iguales, salidas de una máquina futurista, capaz de reproducir a millares a mujeres idénticas, con un molde que permite conseguir una absoluta exactitud en las copias.

—Encantador tu amigo, Janice —dijo la otra—. Además, actor de cine, creo.

—Bueno, por el momento... —contestó Turbin—. En fin, no quiero entretenerlas más. He tenido mucho gusto...

Beatrice apareció en aquel instante. Turbin miró sucesivamente a las tres, hizo algo que quería parecer una sonrisa y huyó a la carrera, perseguido por las alegres carcajadas de tres muchachas de una semejanza física asombrosa.

## CAPÍTULO II

Janice entró en la tienda y se encaminó directamente al mostrador. El dueño atendía a un cliente en aquellos momentos y ella aguardó sin impacientarse. Un minuto más tarde, el dueño se acercó a la muchacha.

—¿En qué puedo servirla, señorita?

Ella sacó el resguardo de su bolso.

—Ayer le entregué un carrete para revelar —dijo—. Sucedió poco después del tiroteo que se produjo a unos metros de su tienda.

—Ah, sí, ahora la recuerdo a usted, señorita... Un momento, por favor.

El hombre se alejó, para entrar en una habitación interior, regresando muy poco más tarde, con un sobre en las manos.

—Tengo que darle malas noticias, señorita —dijo.

Janice alzó las cejas.

—¿Ha sucedido algo?

—Las tres últimas fotografías no han salido. Quiero decir que no fueron impresionadas. La película quedó velada, ignoro las causas...

—¡Imposible! Había graduado muy bien la luz —protestó ella.

El dueño de la tienda se encogió de hombros.

—Es todo lo que puedo decirle, señorita —contestó—. Lo lamento muchísimo, pero no puedo hacer milagros.

Janice se mordió los labios.

—Está bien. Por supuesto, no le culpo de nada... pero lo siento muchísimo. Quería enviar la última fotografía a mi amiga... En fin, dígame qué le debo y no se hable más del asunto.

Janice abonó el importe del revelado y de las copias, mientras el dueño de la tienda se deshacía en excusas. Guardó todo en el bolso, se despidió del individuo y salió a la calle.

Apenas había dado dos pasos, un hombre la abordó cortésmente.

—¿Señorita Hyland?

—Sí —dijo ella mirando con curiosidad al sujeto.

—Discúlpeme. Soy Pemberton, del *Sentinel*. Me gustaría decirle unas palabras.

—Sea breve, por favor; tengo mucha prisa —rogó la muchacha.

El aspecto de Pemberton no le agradaba en absoluto. Aunque vestía bien, más parecía un forajido que un periodista. «Claro que no se puede juzgar a las personas por su apariencia», pensó, para tranquilizarse.

—No la entretendré mucho tiempo, se lo aseguro —declaró Pemberton—. Señorita Hyland, tengo entendido que ayer fue usted espectadora involuntaria de un asesinato.

—En efecto, yo estaba a pocos pasos de la víctima, pero creo haber dicho ya algo a los periodistas sobre ese asunto.

—Sí, sí, lo sé y también sé que estuvo hablando con un colega de mi mismo periódico. Pero he podido averiguar que usted estaba haciendo fotografías en aquellos momentos.

—No entiendo —dijo la muchacha.

—Es muy posible, señorita, que haya fotografiado usted al asesino, sin darse cuenta, desde luego. En tal caso, mi periódico compraría las fotografías, pagando un buen precio, naturalmente.

Janice sonrió.

—Lo siento muchísimo, señor Pemberton —respondió—. Precisamente acabo de salir de la tienda donde entregué el rollo para su revelado. Las tres últimas fotografías resultaron veladas.

—Oh... —dijo el periodista, defraudado.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—Si no me cree, pregunte al dueño de la tienda... Loss, creo que se llama. Buenos días, señor Pemberton.

—Buenos días, señorita Hyland —contestó al periodista maquinalmente.

Janice volvió a sonreír y cruzó la acera, para subir a su coche. Después de arrancar, se preguntó si sería conveniente comunicar la noticia a Turbin.

En aquellos momentos, estaría en el rodaje. Pero los artistas hacían pausas para descansar entre toma y toma. Además, su padre tenía amistades entre los productores de cine. Esperaba que no le

pusieran demasiadas dificultades para entrar en los estudios y hablar con Turbin en un momento propicio.

\* \* \*

Los nervios de Turbin estaban a punto de saltar. Jamás había visto persona tan desagradable como Lily Grock, la «estrella» de la película.

—Podrá ser hermosa, pero es tan repulsiva como un caimán con problemas de aliento —dijo entre dientes, después de que otro estallido de nervios de la estrella obligara a suspender el rodaje por unos minutos.

Alguien empezó a quejarse de lo que ocurría.

—La tarta se va a estropear —dijo el hombre.

Era una tarta monumental y auténtica, preparada por el productor de la película, a fin de festejar su cumpleaños. En la ficción, sin embargo, figuraba que era la tarta nupcial, que debían cortar los novios, tras la ceremonia.

Turbin era el novio y Lily Grock la flamante esposa. Pero cada vez que llegaba el momento de entrar en el gran salón donde aguardaban los invitados, ocurría algo que obligaba al director a suspender el rodaje.

Sin hacer ruido, pisando de puntillas, Janice entró en el estudio y se situó en un rincón discreto, desde donde podía observar todo con comodidad. Vio a Turbin ataviado con la indumentaria de ceremonia y le pareció un hombre guapísimo.

Los auxiliares iban de un lado para otro, preparándolo todo. La encargada del vestuario y la maquilladora atendían a la estrella. Un ayudante se acercó al joven y le ajustó el nudo de la corbata de plastrón.

—Esa maldita Lily Grock es capaz de romper los nervios del más templado —gruñó el sujeto.

—Marty, ¿qué pena tiene un hombre por estrangular a una pájara como Lily Grock?

—Creo que le dan un premio, pero no estoy seguro, señor Turbin. Ahora bien, si se vendiesen boletos para una rifa, cuyo premio sería eso que acaba de decir, créame, la gente se atropellaría para comprarlos.

—No tiene muchos amigos esa dama, ¿eh?

—Sólo uno.

—¿Uno? ¿Tantos? —dijo la joven mordazmente—. ¿Quién es, Marty?

—El espejo, señor Turbin.

Sonó una estridente carcajada. MacRae, el ayudante de dirección, empezó a dar voces para preparar a los actores. Operadores y especialistas en luz y sonido ocuparon sus puestos. El director, mascando nerviosamente un puro, se sentó en un sillón.

También estaba harto de Lily Grock. Hizo un blando ademán y alguien dio las órdenes clásicas en su lugar:

—¡Silencio, se rueda! Cámara... Motor... ¡Acción!

Los protagonistas entraron en el salón, cogidos del brazo, repartiendo sonrisas a diestro y siniestro, mientras los invitados aplaudían con entusiasmo. De pronto, cuando estaban a mitad del recorrido, Turbin sintió un golpe en el tobillo derecho.

Sin dejar de sonreír, se volvió hacia la artista. Lily volvió a golpearle con la puntera del zapato. Pero entonces ocurrió algo inesperado.

El traje de la novia era largo y ella empujó la falda demasiado con el pie. Al dar el siguiente paso, Turbin pisó la falda y, como ella no se detenía, la tela se rasgó por la cintura con un estridente chirrido que hizo dar un salto al encargado de sonido.

La falda, naturalmente, estaba prendida con alfileres y Lily quedó prácticamente desnuda de la cintura para abajo, sólo con las prendas íntimas. Se oyó una tremenda carcajada, brotada de decenas de gargantas al mismo tiempo.

La artista pareció convertirse en una fiera y empezó a vomitar atroces insultos contra su pareja, con un lenguaje que habría hecho ruborizar a un curtido camionero. Fue la gota de agua que hizo rebosar el vaso de la paciencia del joven.

Estaban ya a dos pasos de la mesa. Turbin alargó ambas manos y arrancó un enorme trozo de tarta, del penúltimo piso. La tarta tenía nada menos que siete.

El trozo de pastel voló por los aires y fue a estrellarse contra el rostro de la actriz. Pillada por sorpresa, con la boca abierta, Lily quedó inmóvil un momento, incapaz de moverse, mientras el estruendo y la algazara alcanzaban límites indescriptibles a su

alrededor.

Pero era mujer de vivas reacciones y, tras limpiarse los ojos de un manotazo, saltó hacia la tarta, arrancó otro pedazo y se lo lanzó al joven.

Turbin adivinó la acción y se agachó. MacRae se acercaba en aquel momento para poner paz, y recibió el trozo de pastel en la cara.

MacRae se enfureció y corrió hacia la tarta. La maquilladora acudía en aquel instante, para ayudar a limpiarse a la estrella, y fue la que recibió el siguiente impacto.

Janice empezó a reír. En pocos instantes, sintió que le dolían los costados. Ahora se había generalizado el tumulto y todos se peleaban por coger un pedazo de tarta y arrojársela al más cercano.

Tampoco Turbin se libró de recibir su correspondiente trozo de pastel, aunque le alcanzó de la barbilla para abajo, poniéndola perdido el traje y el resto de la parte superior de la indumentaria. Lily, en el centro de la refriega, chillaba a más y mejor, blanco preferido de la inmensa mayoría de los lanzamientos.

Era la venganza de muchos contra las intemperancias y los desplantes de la estrella, vana, arrogante y engreída. Lily chillaba y pateaba histéricamente, pero nadie la hacía el menor caso.

Janice seguía riendo a todo trapo. De pronto, vio una cosa blanca que volaba hacia ella, pero no tuvo tiempo de apartarse y recibió un buen pedazo de pastel en plena cara. Ello, sin embargo, no enfrió su buen humor. Se limpió como pudo, para ver mejor, y entonces divisó a Turbin, tratando de abrirse paso entre el tumulto.

Janice corrió hacia él, llamándole a voz en cuello:

—¡Hank, Hank!

El joven se volvió un instante.

—Tengo algo que hacer —contestó a grito pelado—. En seguida soy con usted.

Apartando con sus poderosos brazos al gentío, alcanzó finalmente a la estrella y, metiendo el hombro izquierdo, la alzó en peso.

—Eh, ¿qué diablos pretende? —chilló Lily.

—Vamos a hacer un viajecito, preciosa —contestó Turbin.

Ella pateaba furiosamente, pero, de pronto, pareció calmarse.

—¿Un viaje... como el de novios? ¿Auténtico?

Turbin pareció sorprenderse por la pregunta, pero no tardó en dar su respuesta:

—Algo más corto, pequeña fiera —dijo.

Segundos después, salían del estudio. Janice, curiosa, les siguió.

A veinte pasos de distancia, había un jardín con piscina. Antes de que Lily pudiera darse cuenta de lo que pasaba, se la encontró volando por los aires, para sumergirse en el agua con una tremenda explosión de espumas.

—¡A ver si así te refrescas un poco! —dijo Turbin, mientras simulaba limpiarse un inexistente polvo de las manos.

Dio media vuelta y casi se tropezó con una joven, que tenía la cara y parte del pecho cubierta de pastel.

—¡Bravo! —dijo la muchacha, a la vez que aplaudía con fuerza.

Turbin sonrió a través de los restos que embadurnaban todavía la parte inferior de su rostro.

—A usted, me parece, la conozco yo...

—Janice Hyland —dijo ella.

Turbin respingó.

—¿También actuaba?

—Oh, no, vine de espectadora, pero, como en las antiguas películas de Charlot, alguien hizo volar un pedazo de pastel, uno se agachó y yo recibí el impacto. Hank, jamás me había reído tanto como hoy —confesó Janice.

—Lo siento, no pude contenerme. Esa fiera que pugna por salir del agua, empezó a patearme los tobillos, perdí el ritmo del paso, le pisé la falda del traje de novia y... Bueno, el resto ya lo sabe usted.

—Sí, pude verlo desde el principio. Hank, vine a hablar con usted de algo importante.

El joven pareció sorprenderse de aquellas palabras.

—Espera —pidió—. Tengo el presentimiento de que me van a despedir y no precisamente con palabras amables, así que voy a cambiarme de ropa y luego podremos hablar con toda tranquilidad. Ah, la llevaré a una de las maquilladoras, buena amiga mía, y ella restaurará los desperfectos de su cara y de su vestuario. ¿Le parece bien?

—Estupendo, Hank. Pero me duele que se quede sin empleo...

—Bah, de todos modos, pensaba dejarlo al finalizar el rodaje y ya sólo quedaban unas cuantas sesiones. No se preocupe por eso,

Janice; no se acaba el mundo porque me pongan de patitas en la calle.

Ella se sintió muy sorprendida al ver la despreocupación que mostraba Turbin, aunque no quiso hacer ningún comentario. En aquel momento, algunos empleados del estudio trataban de sacar del agua a la artista, que seguía braceando frenéticamente, sin dejar de proferir palabrotas de grueso calibre.

Eran tres o cuatro y estaban muy juntos. Uno de ellos, inadvertidamente, pisó un resto de crema caído junto al borde y resbaló aparatosamente.

Al intentar buscar un asidero, se agarró al brazo del hombre que tenía más cerca. Éste sintió perder también al equilibrio y agarró al vecino y, a su vez, éste también al que tenía al lado, con el resultado de que los cuatro hombres cayeron al agua, encima de la artista.

Turbin contempló la escena y meneó la cabeza.

—Lástima de cámara que hubiera registrado estos momentos —dijo, con amplia sonrisa—. ¿Vamos, Janice?

—Sí, desde luego, Hank —respondió la muchacha.

## CAPÍTULO III

En el departamento de vestuario arreglaron rápidamente los desperfectos de la indumentaria de la muchacha, mientras una maquilladora, secundada por una peluquera, se encargaban de dejarle el rostro y el cabello en condiciones. Mientras, Turbin se cambiaba de ropa en su camerino, al que fue a visitarle un ayudante de producción, con la noticia de que había sido despedido.

El joven no se inmutó; era algo que esperaba y ni siquiera hizo el menor ademán de protesta. Cuando terminó, recogió las pocas cosas que tenía allí y se fue a buscar a Janice.

Media hora más tarde, se reunieron de nuevo. Turbin le propuso tomar algo en el restaurante del estudio, cosa a lo que ella accedió de inmediato. El joven presentía que Janice no había ido allí sólo por mera curiosidad, pero se abstuvo prudentemente de hacer preguntas, aguardando a que fuese ella quien diera el primer paso.

Janice observó asombrada la gran popularidad de que gozaba Turbin. No hubo una sola persona que no se le acercase para felicitarle por lo que había hecho. Todos se alegraban de lo que consideraban una lección dada a una estrella de carácter insufrible. Sabían que Turbin había sido despedido y opinaban que debía haber sido al contrario, pero la cosa ya no tenía remedio y era imposible solucionarlo de otra manera.

Al fin, consiguieron ocupar una mesa. Turbin encargó café y luego miró sonriente a la muchacha.

—Janice, apostarí a que tienes algo que decirme.

Ella hizo un movimiento de aquiescencia.

—Es cierto —contestó—. Y no son buenas noticias. Fui a la tienda de artículos fotográficos para recoger el rollo impresionado ayer. El dueño me dijo que las tres últimas placas se habían velado.

Una expresión da contrariedad apareció en el rostro del joven.

—¿Es posible? —preguntó.

—Lo lamento muchísimo. Ya sé que tenías verdadero interés en la última fotografía. Como dijiste, es muy probable que yo haya fotografiado al asesino, pero si la película se veló, no podremos saber nunca quién es.

—Una verdadera contrariedad —comentó Turbin—. Pero, claro, no se puede luchar con lo inevitable...

—De todos modos, no se ha perdido todo aún, Hank —dijo Janice.

—¿Por qué? ¿Hay más fotografías?

—Vuestras cámaras estaban actuando en aquellos momentos. Tuvieron que filmar el momento en que el asesino disparaba contra Mallory...

Turbin meneó la cabeza.

—No, imposible —respondió—. Tú le retrataste por la sencilla razón de que los tres estábamos en línea, él, en todo caso, unos pasos detrás de mí y ligeramente a la izquierda, a fin de no herirme con sus disparos, ya que Mallory era el verdadero objetivo. Si recuerdas un poco las posiciones respectivas, te darás cuenta de que tú estabas casi tocando con el hombro izquierdo la pared del edificio. Mallory quedaba a tu derecha y a mitad de la acera. Yo estaba en el borde, y los tres formábamos una línea oblicua de, aproximadamente, cuarenta y cinco grados, con relación al eje longitudinal de la acera.

—Es cierto —admitió la muchacha.

—El asesino formaba prácticamente la misma línea con nosotros. Pero la cámara situada en el interior de la furgoneta, nos enfocaba casi perpendicularmente; es decir, sólo captaba nuestras dos figuras; la víctima, que luego resultó ser auténtica, y el fingido asesino, que era yo. Por ese lado, pues, no podremos conseguir nada.

—Es lastimoso —suspiró Janice—. Me hubiera gustado que la Policía echase el guante al criminal...

—La pérdida de esas fotografías es muy deplorable, en efecto —convino el joven—. Lo que no entiendo es cómo se pudo velar la película.

—Yo tampoco. No es que sea una cámara de gran valor, quiero decir, muy sofisticada, pero sí lo suficientemente segura para evitar

esa clase de contratiempos. Sólo un manejo indebido del rollo, por parte del especialista, pudo causar el desperfecto en la película.

—Un manejo indebido... —replicó Turbin preocupadamente—. Eso no lo suelen hacer los expertos, Janice.

Ella se encogió de hombros.

—Es lo que me dijo el dueño de la tienda —repuso.

—¿Le habías llevado fotografías en alguna ocasión?

—No, nunca, pero ya que estaba cerca al lugar de los hechos y, puesto que era la última placa del rollo, decidí encomendarle a él la tarea. Cometí un error, indudablemente, en lugar de enviarla a mi proveedor habitual.

—La tienda estaba cerca...

—A menos de diez pasos, Hank.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Turbin miró el reloj.

—Janice, ahora no puedo acompañarte. Tengo que asistir al entierro del pobre Mallory. Pero luego, te lo prometo, iré a ver a ese chapucero que permitió se velase la parte más importante de tu rollo de fotografías.

—¿Para qué? —se sorprendió la muchacha.

—Esta mañana, antes de dar comienzo al rodaje, he oído algunos comentarios y no precisamente favorables al muerto. Mallory y yo éramos buenos amigos, aunque supongo que él debería callar algunas cosas de su vida personal.

—¿Supones que estaba mezclado en algún asunto turbio?

—Aparentemente, no existían enemigos que desearan su muerte. Pero un misterioso pistolero lo mató ayer de un solo y certero disparo. ¿Por qué? ¿Qué había hecho Mallory para que alguien se sintiese lo suficientemente encolerizado como para asesinarlo a la vista de decenas de personas?

—No se me había ocurrido mirar el asunto desde ese punto de vista, Hank —confesó Janice.

—Tampoco a mí, porque, la verdad, jamás se me ocurrió sospechar que Mallory pudiera estar mezclado en asuntos poco claros. Y me extraña muchísimo que un hombre que vive de la fotografía y que, teóricamente al menos, debe de ser un experto en la profesión, eche a perder tres placas, una de ellas, la más importante de todo el rollo.

—Pudo cometer un fallo —alegó Janice.

—Pudo, pero no lo creo. Si tú fotografiaste al asesino, como todo parece indicarlo, ese tipo pudo quedarse muy bien con el trozo de película, una vez positivado y no precisamente para entregarlo a la Policía.

—Entonces, piensas que trata de obtener... un beneficio económico.

Turbin volvió a mirar su reloj.

—Te lo diré mañana, porque pienso ir a verle en cuanto haya terminado la ceremonia —dijo, a la vez que se ponía en pie.

Janice se levantó también.

—Hank, ¿tienes inconveniente en que te acompañe al cementerio y luego a la tienda de artículos fotográficos?

El joven pareció sorprenderse un instante, pero reaccionó muy pronto y sonrió ampliamente:

—Al contrario, me sentiré encantado de tenerte a mi lado —respondió.

Cuando salían del restaurante, se sintieron blanco de numerosas miradas. Realmente, componían una pareja muy atractiva; Janice, aparte de su belleza, tenía una figura escultural y ofrecía un encanto poco común. Aunque no era baja precisamente, casi lo parecía al lado de aquel hombretón cuya estatura se hallaba muy próxima a los ciento noventa centímetros.

Lily Grock se cruzó con ellos, acompañada de un par de individuos, uno de ellos grueso y sanguíneo, quien mordía un enorme habano casi con furia. Turbin dirigió una sonrisa al productor de la película, cuyos dientes destrozaron el cigarro al verle.

La estrella, por su parte, se sintió sorprendida al ver a Turbin acompañado por una hermosa muchacha. Pero casi en el acto, levantó la barbilla orgullosamente, desvió la mirada y siguió andando.

—Está enfadada de veras —sonrió Janice.

—Se ha tragado un palo de escoba —contestó él riendo—. Ya lo digeriré, no te preocupes.

Eran cerca de las siete de la tarde cuando llegaron a las inmediaciones de la tienda de artículos fotográficos. Turbin se detuvo un instante ante la entrada, a uno de cuyos lados se veía el nombre del propietario: D.

H. Loss.

En el cristal de la puerta, colgado por dentro, había un cartelito: HE SALIDO A ALMOZAR.

—Sí que tiene unos horarios extraños para su comida —se sorprendió el joven—. Podría haber dicho para cenar...

—Podemos esperar —sugirió ella—. No tenemos prisa, creo.

—Ninguna, en efecto.

Una mujer de mediana edad pasó en aquellos momentos por delante de la tienda, sujetando la correa de su perrito pekinés.

—¿Buscan al señor Loss? —preguntó.

Turbin se volvió.

—Sí, señora —respondió cortésmente—. Pero, por lo visto, ha salido a comer...

—¿Salir a comer? —bufó la mujer—. ¿Con lo tacaño que es ese tipo? Se moriría del disgusto si tuviese que gastarse un par de dólares en una triple hamburguesa y una taza de café.

—Por lo visto, usted lo conoce, señora —sonrió Janice.

—Un poco. Vivimos en el mismo barrio, pero él es un tipo verdaderamente antipático. Lo que pasa es que, como es tan roñoso, habrá puesto ese cartel de salida a almorzar, por no gastarse el dinero en otro que diga «Cerrado».

Turbin se echó a reír.

—Pero aún no es hora de cerrar el negocio, señora —objetó.

La mujer se encogió de hombros.

—Vaya usted a saber —contestó—. En los últimos tiempos, Loss se relacionaba con gente de muy mal aspecto. Unos tipos verdaderamente desagradables, créanme. Aquí, en el barrio, empezaba ya a adquirir una pésima reputación y cada día tenía menos clientela.

—Por lo visto, conservaba los clientes suficientes para no cerrar el negocio —comentó Turbin.

—Si tenía otros, éste podía servirle de tapadera, ¿no?

La mujer se alejó, tras su último y nada piadoso comentario. Turbin y Janice cambiaron una mirada.

—Estás pensando lo mismo que yo —dijo él, después de unos segundos de silencio.

Janice asintió.

—Sí, Hank.

—Si nos sorprenden, podemos llevarnos un disgusto.

—No estaríamos encerrados mucho tiempo —rió la muchacha.

Turbin se decidió y empuñó el picaporte, observando, con no poco asombro por su parte, que la puerta no estaba asegurada con llave.

Empujó un poco y asomó la cabeza. El interior de la tienda aparecía desierto.

—Señor Loss...

No hubo respuesta para la llamada. Dentro de la tienda reinaba un silencio que al joven se le antojó de muy mal signo.

Avanzó unos pasos. Al fondo, divisó una puerta abierta que, supuso, daba a los departamentos interiores del local. Seguido de Janice, encaminó sus pasos hacia allí y cruzó el umbral.

Había un corredor y en él se veían tres puertas, una de las cuales, la primera, estaba abierta. Turbin dio dos pasos y estiró el cuello para mirar al otro lado.

Janice le contemplaba atentamente y vio que el cuerpo del joven sufría una brusca sacudida.

—¿Qué sucede, Hank?

—No entres —dijo él—. Loss ha salido, pero no para almorzar, sino de este mundo.

Ella comprendió y lanzó un pequeño grito.

—Está muerto.

—Lo han asesinado.

Hubo un instante de silencio.

Luego, Turbin dijo:

—Tiene un balazo en el pecho. Está sentado en su sillón, con la cabeza hacia atrás y los brazos caídos. La habitación está completamente revuelta, en un desorden absoluto, lo cual confirma mis primeras sospechas.

—Loss ha muerto por culpa de mi fotografía —dedujo ella.

—No te quepa la menor duda. Alguien más se dio cuenta y vino a buscar la fotografía y el negativo. Luego, para cerrar la boca de Loss, le pegó un tiro.

La mano de Janice se cerró sobre el brazo del joven.

—Sí, pero no diremos por qué estábamos aquí. Daremos cualquier otra excusa, ¿comprendes?

—Lo que tú digas, Hank.

Turbin dio media vuelta. El teléfono estaba en la tienda y encaminó hacia allí sus pasos. Cuando salía, vio el rostro de un hombre pegado al cristal del escaparate, aunque no concedió importancia al detalle, preocupado como estaba por el asesinato del dueño del negocio.

Detrás de Turbin iba la muchacha. El sujeto la vio y se separó rápidamente, perdiéndose entre los transeúntes que circulaban por la acera, ajenos al drama.

## CAPÍTULO IV

Turbin se levantó tarde, ya que habían estado con la Policía hasta una hora relativamente avanzada. Después había acompañado a Janice a su casa, con lo que regresó a su apartamento muy cerca de la media noche.

Durante el resto del día, no salió, ya que tenía su propio trabajo y estuvo muy ocupado con el contenido de unos libros. A las seis de la tarde, cuando menos lo esperaba, oyó el timbre de la puerta.

Casi se alegró de la interrupción, que le apartaba de unos temas áridos en el momento. Cruzó la sala, abrió la puerta y se encontró frente a una desconocida, de pelo rubio oscuro, peinado discretamente, con muy poco maquillaje en el rostro, los ojos ocultos por unas grandes gafas de color y vestida con suma discreción. El perfume que emanaba de su cuerpo, muy bien proporcionado anatómicamente, le pareció, sin embargo, vagamente familiar.

Ella sonrió al captar el desconcierto que se apreciaba en la cara del joven.

—Estoy desconocida, supongo —dijo.

—Lo siento mucho, señora, pero no creo haberla visto antes...

—Ayer me lanzó usted un enorme trozo de tarta al rostro, después de haberme dejado casi desnuda de la cintura para abajo.

Turbin contuvo un resoplido de sorpresa.

—Increíble —murmuró.

Pero se apartó a un lado. Lily Grock cruzó el umbral y se quitó las gafas.

—No puedo evitar cierta celebridad y me gusta pasar inadvertida por la calle, digan lo que digan —manifestó, mientras lanzaba el bolso a un lado—. ¿No me invita a un trago, Hank?

—Oh, sí, claro... Perdona, señorita Grock...

—Mi nombre es Lily —sonrió ella.

Turbin no era muy aficionado a los licores, aunque tenía una botella para ciertas emergencias. Buscó dos vasos, trajo hielo y vertió un poco de *whisky* en cada vaso.

—Lamento lo ocurrido, Lily —dijo al cabo—. Debo admitir que perdí los estribos y eso no debiera haber sucedido jamás. Usted es una estrella de fama y yo sólo un simple aficionado que actuaba por compromiso con cierta persona.

—No se preocupe, Hank —sonrió ella—. Lo pasado, pasado está y pelillos a la mar. Yo ya lo he olvidado. Haga usted lo mismo, se lo recomiendo.

Turbin se sentía perplejo ante la modestia y la humildad de que hacía gala aquella mujer, de ordinario insufrible por su orgullo y su vanidad. Pero, se dijo, quizá no había aprendido a conocer aún bien a las personas y la actitud de Lily en público era premeditadamente estudiada, a fin de conseguir mayor publicidad.

—Está bien, si usted lo ha olvidado, yo no voy a mantener eternamente encendida la llama del rencor —dijo.

Casi inmediatamente, se arrepintió de haber pronunciado una frase de infinita pedantería, pero ya estaba hecho y, además, observó complacido, le había gustado a su hermosa visitante. Ella se había sentado en el diván, medio vuelta hacia el anfitrión, con las piernas cruzadas, en una postura sumamente interesante.

—Hablas muy bien —le tuteó ella de pronto—. Se nota que no eres profesional del cine.

—No —admitió Turbin—. Si actué en tu película, fue porque me lo pidió un buen amigo. Pero no es ésa mi profesión ni pienso seguirla. Hago algo que me gusta mucho más.

—¿Puedo saber qué es, Hank?

Turbin se lo dijo. Lily alzó las cejas, vivamente sorprendida.

—Nunca hubiera supuesto...

—Pues ya ves —sonrió él—. En esta época, me encontraba por el momento sin trabajo y cuando me propusieron actuar en la película, pensé que resultaría divertido, además de ganarme unos dólares.

—Te lo propuso Mallory, sin duda alguna.

—Sí, en efecto.

—Era un buen amigo tuyo.

—Pero no absolutamente íntimo; es decir, la amistad llegaba a ciertos límites. No sé si me entenderás... había aspectos de su vida privada, que yo desconocía por completo. Ni siquiera puedo imaginarme quién ni por qué lo asesinó.

—Hank, yo conocía también a Mallory y conocía ciertos aspectos de esa vida privada que tú dices ignorar. No estoy segura de ello, pero quizá un tal Brant Haskell tenga algo que ver con el crimen.

Turbin, vivamente sorprendido, alzó las cejas.

—¿Quién es Haskell? —exclamó.

Lily tomó un sorbo de licor antes de responder:

—Tiene un local de lujo en la calle Wiltford, el *Mondego*. Aparte de eso, sé que posee un importante paquete de acciones en la productora que me ha contratado. Pero tanto el local como la productora, no son sino tapaderas de otros negocios, de la clase que no se divulgan públicamente.

—¿Qué negocios, Lily?

—No estoy muy segura... En los estudios se oyen muchos rumores... Yo diría que contrabando... pero también puedo asegurarte que Mallory había tenido relaciones con Haskell. No sé más, pero creo que podrás darte una idea del fondo del asunto.

Turbin asintió.

—Sí, empiezo a pensar que Mallory no era lo que aparentaba. Pero encontrar al asesino, supongo, es cosa de la Policía.

—Oh, yo sólo te lo dije porque sabía que eras buen amigo suyo. Se me ocurrió que te gustaría enterarte de las andanzas del pobre Mallory...

—Gracias por tu gesto, pero, más todavía, por haber venido a visitarme —sonrió él—. Eso es algo que nunca me habría imaginado, Lily.

—Tengo mejor carácter del que cree la gente —contestó ella.

—Es lo que estoy viendo y me alegro muchísimo.

Lily paseó la vista por el interior del apartamento que era pequeño y modesto, aunque bien cuidado.

—Vives solo, supongo —dijo.

—Absolutamente, respondió él.

—Y no tienes quien te cuide la casa.

—Una asistenta viene un par de veces por semana. Hoy ha

estado, precisamente; por eso encuentras todo tan arreglado.

—Entonces, ella no vendrá ya mañana.

—No, claro, hasta el viernes...

Turbin se calló un instante. Lily le miraba de un modo peculiar.

—Tú estuviste casada...

—Dos matrimonios y dos divorcios —sonrió la estrella.

—Y no has vuelto a reincidir.

—Por ahora, no tengo esa intención. Aunque me gustaría hacerte una pregunta, Hank.

—Todas las que gustes, Lily.

—Supongamos que la escena en la que teníamos que partir la tarta nupcial hubiese sido auténtica.

—Tú y yo no nos hemos casado —alegó él, sorprendido.

—Era una hipótesis, hombre. ¿Qué hacen dos recién casados después de partir la tarta?

—Pues... supongo, probarla un poco... y luego desaparecer discretamente. Lo que viene después, sólo les interesa a ellos, claro.

Lily avanzó el espléndido torso hacia el joven.

—Podríamos completar la escena... en realidad —sugirió ardientemente.

Turbin sonrió.

—No hay objeción —repuso, a la vez que cerraba sus brazos en torno a la cintura de la estrella.

Por la mañana, Lily, mostrando unas cualidades que encantaron y sorprendieron agradablemente al joven, se ocupó de preparar el desayuno. Luego, cuando ya se despedía, le puso las manos en los hombros y le besó fuertemente.

—Ha sido algo maravilloso —dijo—. Lo recordaré mientras viva, te lo juro.

Turbin sonrió halagado.

—Lo celebro sinceramente y me alegro muchísimo de haberte conocido con otro aspecto infinitamente mejor que el que ofreces de forma habitual —respondió.

—Una tiene que aparentar lo que no es —suspiró ella—. Ah, por cierto, lo había olvidado. Aunque no quieras seguir en el cine, tendrás que acudir al estudio.

—¿Cómo? —Respingó el joven.

—Tenemos que repetir la escena de la partición de la tarta.

—Pero me despidieron...

—Estarás despedido, cuando se termine la filmación. Y te prometo que no será preciso repetir la escena; saldrá a la primera toma.

Turbin se quedó solo, perplejo y desconcertado, aunque satisfecho en el fondo y no sólo por lo que había sucedido durante la noche. Pero, a fin de cuentas, Lily tenía razón y, puesto que las cosas habían cambiado, creía que debía ayudarla en el compromiso.

Luego, pensó en Brant Haskell y se preguntó qué clase de relaciones habían existido entre Mallory y el dueño de un local de lujo. ¿En qué clase de negocios nada limpios había tomado parte su amigo?

Tenía que averiguarlo, se propuso firmemente.

\* \* \*

Janice salió de su casa en coche para hacer algunas compras y a los pocos momentos, observó que era seguida por otro vehículo, a cuyos ocupantes, sin embargo, no podía ver. Al cabo de unos momentos, se dijo que todo podía culparse a una simple casualidad, pero, cuando una hora más tarde, salió de una perfumería y vio al mismo coche, empezó a preocuparse.

Para comprobar sus sospechas, realizó diversas maniobras, que fueron seguidas puntualmente por el conductor del otro vehículo. Cuando tuvo la plena seguridad de que sus pasos eran seguidos inflexiblemente, se sintió sumamente aprensiva.

Durante unos momentos, no supo qué hacer. Luego, de pronto, se acordó de Turbin.

Decidió que el joven debía saber lo que ocurría. Dirigió el automóvil en aquella dirección y, un cuarto de hora más tarde, tocaba el timbre de la puerta.

Turbin abrió momentos después y se asombró al ver a la muchacha en el umbral.

—¡Janice! Nunca habría supuesto que...

Ella entró de un salto y cerró rápidamente.

—¡Hank, me siguen! —exclamó.

El joven se sobresaltó.

—¿Te siguen? ¿Quién?

—No lo sé, ni los he visto siquiera...

Janice explicó lo que le había sucedido apenas hubo salido de su casa. Profundamente preocupado, Turbin, apenas hubo terminado ella de hablar, se acercó a la ventana y miró hacia la calle.

—Veo un coche parado en la otra acera —dijo—. ¿Es el mismo, Janice?

La muchacha se situó junto a Turbin.

—Sí —contestó—. El mismo.

Turbin fue al interior del apartamento y volvió a poco con unos prismáticos. Después de unos segundos de observación, separó los gemelos de sus ojos y se los pasó a la muchacha.

—Sólo veo a un hombre, pero no le conozco —dijo.

—Creo que yo tampoco, pero, en fin... Echaré un vistazo...

Janice exploró el coche con los prismáticos. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Eh! ¿Qué hace ese hombre ahí? —dijo.

—¿A quién te refieres?

—Míralo, está junto al coche —indicó Janice, que seguía utilizando los gemelos—. Yo le conozco; es un tal Pemberton, del *Sentinel*. Quiso hacerme una entrevista, después de la muerte de Mallory...

Turbin contemplaba la calle a ojo desnudo. Pemberton estaba de pie, junto al coche, por la parte del conductor, con quien parecía hablar discretamente.

El reportero llevaba un periódico doblado bajo el brazo derecho. Turbin apreció de pronto cierto movimiento en las hojas del diario. Luego se marchó sin prisas, en el momento en que el conductor se inclinaba hacia su derecha, con gran lentitud, como si se echase a dormir.

Pero el sujeto no se había dormido, supo Turbin de inmediato, presintiendo lo que acababa de ocurrir. Sin poder contenerse, agarró a la muchacha por un brazo.

—El conductor debe de estar muy cansado —dijo Janice—. Se ha puesto a dormir...

—Sí, para siempre —contestó el joven.

Janice se volvió, le miró unos instantes y luego enfocó los prismáticos nuevamente hacia el coche. Casi en el acto, lanzó una exclamación, a la vez que se tambaleaba ligeramente.

—Hank, sujétame... Creo que me voy a desmayar...

Turbin pasó una mano por la cintura de la muchacha, pero las aprensiones de Janice no se hicieron realidad. Al cabo de unos momentos, ella pareció sentirse mejor.

—Haré un poco de café y le echaré unas gotas de licor —dijo él—. Siéntate en el diván y espera unos momentos.

—Sí, Hank... lo que tú digas... ¡Pero no hemos oído el ruido del disparo!

Turbin estaba ya junto a la puerta de la cocina y se volvió.

—Con toda seguridad, Pemberton usó un silenciador —dijo.

## CAPÍTULO V

Junto a la ventana, Turbin observó durante unos momentos el movimiento que había en torno al coche donde yacía un hombre asesinado. Luego regresó junto a la muchacha.

—Todo esto tiene relación con la muerte de Mallory —dijo.

—¿Lo crees así?

—No me cabe la menor duda. Mallory fue asesinado por algo que ignoramos todavía, pero desde ahora puedo asegurarte que no era el amigo honesto que siempre creí.

—Se había mezclado en asuntos turbios —adivinó Janice.

—Puedes asegurarlo. Es más, sé, incluso, quién puede haber dicho algo en este caso.

—¡Caramba, Hank! Me dejas estupefacta... ¿Cómo lo has sabido?

Turbin se reclinó en el diván.

—Ayer ocurrió algo increíble —contestó—. Lily Grock estuvo a verme y me pidió disculpas.

Janice abrió los ojos desmesuradamente.

—Ese saco de orgullo... se disculpó...

—Resulta fantástico, ¿verdad? —sonrió Turbin, quien no podía por menos de recordar los ardientes momentos pasados junto a la estrella—. Pues así fue, aunque te parezca increíble.

—Bueno, si tú lo dices, no tengo por qué dudarlo, aunque sí creo que esa mujer es insoportable. Pero, a veces, las personas observan actitudes incomprensibles, ¿no te parece?

—Por supuesto, Janice.

—Hank, ¿debo suponer que fue ella quien te dio detalles de la «otra vida» de Mallory?

—En efecto, así fue, a incluso me dio un nombre. ¿Has oído

hablar del *Mondego*?

—He estado allí un par de ocasiones. Es un local de gran reputación...

—Eso no se puede decir del dueño, aunque aparente exudar honradez —contestó el joven mordazmente—. Por lo visto, hay un asunto de contrabando en el que mi amigo estaba metido hasta el cuello. De momento, eso es todo lo que sé, aunque... quizá podríamos ampliar detalles.

—¿Cómo, Hank?

Turbin sonrió.

—¿Qué te parecería ir esta noche a tomar una copa en el *Mondego*? —sugirió.

—Bueno...

—¿Tienes algún compromiso? —preguntó Turbin, al apreciar cierta vacilación en una respuesta inacabada.

—¡No, no! —dijo ella vivamente—. Me gustaría ir contigo, aunque todavía, imagino, es un poco pronto.

Turbin consultó su reloj.

—Sólo son las cuatro de la tarde. ¿A qué hora quieres que pase a buscarte?

Janice se puso en pie.

—¿A las siete y media?

—Entonces, cenaremos en el *Mondego*.

—De acuerdo, Hank.

En la calle había todavía cierta agitación, pero Janice pudo marcharse sin problemas. Al quedarse solo, Turbin entrecerró los ojos.

—¿Por qué habrán asesinado a ese pobre infeliz? —murmuró.

De pronto, se le ocurrió una idea. Fue al teléfono, marcó un número y al cabo de unos momentos, tuvo la respuesta:

—Lo siento, señor: en el *Sentinel* no trabaja nadie que se apellide Pemberton.

\* \* \*

Turbin llamó a la puerta y Pamela, la doncella, le abrió a los pocos instantes. Pamela sonrió al verle.

—Avisaré inmediatamente a la señorita —dijo.

—Janice, por favor —puntualizó él.

—Descuide, señor.

Turbin quedó unos momentos en el vestíbulo. Un minuto más tarde, vio a la muchacha en traje de baño.

—¿Piensas ir así a cenar? —se asombró.

Ella se echó a reír.

—Soy Beatrice —dijo, y se alejó hacia el primer piso.

—Vaya metedura de pata —gruñó Turbin.

A los pocos momentos, apareció otra, envuelta en una bata de baño y frotándose los cabellos mojados con una toalla.

—Hola —dijo alegremente.

—Se nos va a hacer tarde...

—Soy Eunice —rió la joven.

Turbin se pasó una mano por la cara.

—Acabaré loco —rezongó.

Eunice desapareció, pero Janice se hizo visible casi en el acto. Al verla, Turbin creyó que se le cortaba la respiración.

—Esto no es posible —dijo—. Yo me he muerto, estoy en el cielo y veo ángeles...

Janice, halagada, le dirigió una radiante sonrisa.

—Creo que exageras un poco —contestó—. Sólo soy una chica corriente, y de carne y hueso, por supuesto; no tengo nada de ángel.

—Estoy viendo una aparición, algo con lo que siempre había soñado y que hoy ha corporeizado algún genio benéfico. Luego, alguien dará un par de palmadas y se reventará esta burbuja y tú desaparecerás...

—No me quieras tan mal, Hank —rió ella, a la vez que se colgaba de su brazo—. Además, creo que tengo algo bueno: he sido puntual.

—En eso no se te puede hacer el menor reproche. Bueno, en nada, porque eres perfecta, Janice. Tan perfecta, que ese genio benéfico os multiplicó por tres... ¿Qué magia empleó para triplicaros?

—La corriente: un padre, una madre... y nada más.

—Creo que tus padres hicieron algo maravilloso —suspiró él, sin dejar de mirarlo, completamente embobado.

Janice estaba realmente atractiva, vestida con un sencillo traje blanco, largo, con un escote muy mesurado, aunque con la espalda

al aire. Desprendía frescura y vitalidad y a Turbin le pareció que nunca había visto una mujer tan hermosa en todos los días de su vida.

Poco después, en el coche, él dijo:

—Por cierto, había olvidado algo, Janice. Todavía tengo que actuar ante las cámaras.

—Pero ¿no te habían despedido? —se asombró la muchacha.

—Y lo estoy, pero al despido tendrá efectividad cuando haya terminado el rodaje de la película. Hemos de repetir la escena de la tarta nupcial.

—Hubiera jurado que Lily Grock, no quería verte ni en pintura, aunque sí estuvo en tu casa para disculparse...

—He estado pensando mucho en el particular. Ella, es indudable, tiene su genio, aunque acentúe muchas facetas desagradables por favorecer a la publicidad propia. Pero pienso que aquel día estaba particularmente excitada, anormalmente nerviosa, y ello fue lo que desencadenó la batalla de la tarta.

—¿Lo crees así?

—Estoy por asegurarlo, aunque me convendría confirmarlo de alguna manera. No sé si mañana me atreveré a preguntárselo, Janice.

—Quizá tiene problemas personales, que no se atreve a exponer públicamente. Eso suele suceder a veces, Hank.

—Sí, es posible. De todos modos, vamos a dejar de preocuparnos esta noche de ese asunto. Creo que debemos procurar pasarlo lo mejor posible en el *Mondego*. Y luego...

Turbin se interrumpió bruscamente y ella le miró intrigada.

—¿Y luego, Hank?

—Trataremos de hablar con Haskell, el dueño, para ver si conseguimos saber quién tenía interés en asesinar a mi amigo Mallory.

—Si sabe algo, no te lo dirá —manifestó Janice.

—Pero, de sus respuestas, podremos obtener deducciones, que tal vez nos permitan llegar a conclusiones interesantes, ¿no te parece?

Janice se arrellenó en el asiento.

—Esperemos que todo salga como deseas, Hank —respondió.

Era un local muy elegante y el espectáculo que ofrecía a sus clientes no tenía detalles de mal gusto. En lugar de mujeres, había camareros pulcramente ataviados y que se desvivían por atender a los clientes. Turbin y Janice pasaron especialmente un buen rato con un humorista, que hizo agudas críticas de actualidad, y luego contemplaron las evoluciones de una docena de chicas que bailaban a la perfección. De pronto, Turbin notó que Janice sufría una especie de sacudida.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—Creo que he visto a Pemberton —respondió la muchacha.

—¿Seguro, Janice?

—Estoy por asegurar que era él... Claro que he podido equivocarme, pero, insisto, apostarí algo bueno a que era ese falso periodista.

—Pemberton usa los periódicos para ocultar su pistola —gruñó el joven—. ¿Dónde lo has visto?

—Allí, entrando por la puerta del fondo...

Turbin volvió la cabeza y divisó una puerta casi completamente oculta por una cortina. Debía de dar a algún departamento reservado del local, se dijo.

—En todo caso, luego nos ocuparemos de él —murmuró—. Creo que ya va siendo hora de entrevistarnos con Haskell.

Levantó la mano y un camarero acudió en el acto. Turbin puso discretamente en su mano un billete de cinco dólares y dijo:

—Deseo hablar con el señor Haskell. Me llamo Mallory.

—Enviaré su mensaje, señor —respondió el camarero.

Los ojos de Janice expresaron asombro.

—Pero, Hank...

—Si digo que anuncien a Turbin, no hará caso. El nombre de Mallory, picará su curiosidad.

Ella sonrió.

—Tipo astuto. ¿Dónde has aprendido a actuar así?

—La escuela de la vida es muy dura, Janice —dijo él filosóficamente—. Enseña muchas cosas, la mayoría nada buenas, pero también se aprende a sobrevivir.

—Diríase que has tenido que luchar mucho para alcanzar esta

posición —sonrió ella.

—Algún día te contaré, aunque, desde luego, no debes creermelo un potentado. Ya sabes que estoy a punto de engrosar las filas de los parados.

—Hank, si me permites... Hablaré con papá; quizá encuentre un empleo para ti...

Turbin sonrió, a la vez que, alargando la mano por encima de la mesa, daba unas palmaditas en la de la muchacha.

—Hablabamos de ese tema en otro momento. Ahora... ahí viene el camarero con la respuesta —dijo.

—El señor Haskell le recibirá en seguida, señor Mallory —manifestó el camarero.

—Muchas gracias, amigo. ¿Janice?

La muchacha se levantó en el acto. El camarero les guió por un corredor decorado en rojo oscuro, con detalles dorados, hasta una puerta de paneles de madera, en la que se veía un rótulo con la inscripción PRIVADO. La puerta se abrió por sí sola apenas llegaban a un paso de distancia y Turbin comprendió que habían sido observados por un circuito cerrado de televisión.

Aún había otra puerta al fondo de un cubículo con banquetas a ambos lados, en el que se hallaban dos sujetos de rostros estópidos, que Turbin supuso guardaespaldas del dueño del local. La puerta del fondo se abrió también sin necesidad de que nadie tocara el pomo y entonces pudieron pasar al interior de lo que Turbin juzgó interiormente era el «sanctasanctórum» de Brant Haskell.

El dueño del *Mondego* estaba sentado tras una enorme mesa de despacho. Ocupando un sillón de orejeras, en actitud displicente, se veía a Pemberton.

## CAPÍTULO VI

Haskell se levantó al ver entrar a la pareja. Era un hombre de mediana estatura y aspecto más bien corriente, vestido con discreta elegancia, aunque había dureza y astucia en unos ojos muy claros. Pemberton no se movió de su sitio, pero reconoció a la muchacha y se agitó incómodo en el sillón.

—Celebro mucho conocerle, señor Mallory —dijo Haskell—. También habrá de permitirme le presente mis condolencias por la muerte de un ser querido. Porque supongo que Sean Mallory era familiar suyo.

Turbin no contestó directamente.

—Le presento a la señorita Hyland —dijo.

—¿Cómo está usted? —saludó educadamente la muchacha.

—Hyland... ¿de «Hyland Enterprise»? —dijo Haskell.

—Sólo me une un remoto parentesco con el dueño —sonrió Janice.

—Entiendo. Por favor, siéntese... ¿Desean tomar algo?

—No, muchas gracias —contestó Turbin, a la vez que acomodaba a Janice en un butacón situado frente a la mesa—. Yo permaneceré en pie, si no le importa.

—A su gusto. —Haskell volvió a sentarse—. Y bien, ¿en qué puedo servirle, señor Mallory?

Turbin se sentía satisfecho de su treta. Haskell daba por sentado que era pariente muy próximo del difunto y ello, supuso, le había hecho relajar su guardia.

—El pobre Sean fue asesinado misteriosamente, sin que se sepa quién es el autor del disparo mortal —manifestó—. ¿Tiene usted alguna idea sobre el particular?

Haskell hizo un gesto de sorpresa.

—¿Yo? ¿Por qué? Eso es cosa de la Policía...

—Pero Sean era amigo suyo.

—No lo niego, aunque tampoco era mi único amigo —sonrió Haskell.

—Sin embargo, tengo entendido que les unían lazos muy especiales.

—¡Por favor! ¿Acaso está insinuando que había algo turbio entre Mallory y yo? Hay aspectos de la vida hacia los cuales no siento la menor inclinación. No padezco desviaciones físicas... perniciosas...

—Yo no me refería a ciertas clases de amistad física —dijo el joven—. No se me ocurriría insultar a un hombre con torpes insinuaciones, señor Haskell. Los lazos a que me refiero son de otra índole. Económicos, para ser más exactos.

—Ah, usted quiere saber si Mallory tenía negocios en común conmigo.

—Sí, efectivamente.

—Pues... no, lo siento. Éramos, simplemente, buenos amigos, eso es todo.

De pronto, Turbin se dio cuenta de que Pemberton le miraba con insistencia. Se preguntó a qué era debido aquella actitud, pero estaba concentrado en el diálogo con Haskell y olvidó el tema casi en el acto.

—Perdone, señor Haskell, pero los informes que tengo son muy concretos y mencionan relaciones económicas entre Mallory y usted —dijo tranquilamente.

—Le han engañado —respondió el sujeto—. Insisto en que sólo había relaciones de buena amistad.

—No serían tan buenos amigos, cuando no se molestó siquiera en asistir a su entierro —criticó el joven.

—Me fue imposible... pero, bueno. ¿Qué es lo que quiere usted? ¿Por qué no habla claro de una vez?

—Sean fue asesinado por un desconocido. Alguien hizo una fotografía en aquel momento, pero el hombre que debía revelar el negativo, fue asesinado también, lo que me hace suponer que esa fotografía está ahora en poder de alguien que guarda esa prueba para no verse acusado de los dos crímenes. O tal vez para obtener provecho del asesino, amenazándole con enviar la fotografía a la Policía, si no le paga cierta suma de dinero.

—Lo siento, pero no sé nada sobre el tema.

—Tengo entendido que Mallory andaba mezclado en un asunto de contrabando.

Haskell se puso rígido.

—Señor Mallory, lo siento mucho, pero tendrá que perdonarme. Estoy muy ocupado y ya me ha excedido en el tiempo que podía concederle.

El joven comprendió que no obtendría ya nada más y se puso en pie.

—Vámonos, Janice. Gracias, señor Haskell —dijo fríamente.

—He tenido mucho gusto —contestó el aludido con no menor frialdad.

Pemberton se puso en pie apenas hubo salido la pareja del despacho.

—¡Esa chica es la que tomó la fotografía el día de la muerte de Mallory! —exclamó, muy excitado.

Haskell lanzó una maldición.

—Pero ella no la tiene... y Loss tampoco la tenía...

—Él no es hermano de Mallory. Mallory no tenía ningún hermano, lo he recordado de pronto. Una vez hablamos de esas cosas y me dijo que había sido hijo único.

Los labios de Haskell se contrajeron.

—No creo que sea un policía; se habría identificado en el acto... Anda, procura averiguar quién es.

Pemberton se encaminó hacia la puerta.

—Probablemente, un hombre de Rowhyle, como el que seguía a la chica, cuando yo le cacé en su coche —dijo por encima del hombro, mientras la puerta se abría gracias al mecanismo accionado desde la mesa.

\* \* \*

Turbin y la muchacha llagaron a la explanada donde se estacionaban los coches, pero, en lugar de dirigirse al suyo, condujo a Janice hasta otro situado a unos veinte pasos de distancia.

—Aguarda aquí —dijo.

Ella le miró aprensivamente.

—¿Qué va a pasar, Hank? —preguntó.

—Pemberton te ha reconocido, es indudable. No conoce tu verdadera personalidad, pero eso importa poco ahora. En cuanto a mí, he podido darme cuenta de que me miraba de un modo singular y eso me da muy mala espina. Apostaría doble contra sencillo a que dentro de un minuto lo tenemos fuera, tratando de seguimos.

—¿Tú crees?

Turbin asintió.

—Quédate y no te dejes ver. Tengo la sensación de que dentro de poco va a haber jaleo.

—Pero, Hank, no me gustaría que te sucediera nada...

El joven sonrió.

—Tranquilízate, no me pasará nada —aseguró.

Separándose de Janice, caminó hacia su coche, agazapándose tras el vehículo, en el lado opuesto a la salida del local, pero de modo que pudiera mirar a través de las ventanillas. Apenas había tomado posiciones, vio venir a Pemberton.

El sujeto se había detenido un instante, para hablar con el portero del local. La entrada se hallaba brillantemente iluminada, pero la zona de estacionamiento aparecía en penumbra. Había muy poca luz y Pemberton vaciló unos momentos, hasta localizar el coche que buscaba.

Turbin apreció que el sujeto parecía sentirse extrañado de ver el automóvil todavía en su sitio. Pronto vio a Pemberton acercándose recelosamente al lugar.

El individuo parecía un tanto desconcertado. Llegó junto al coche y se inclinó para mirar al interior. Luego se incorporó y volvió la cabeza en todas las direcciones. Al no ver nada, giró sobre sus talones y se dispuso a marcharse.

Había dado dos pasos, cuando un brazo se enroscó en torno a su cuello, a la vez que una mano se apoderaba de su brazo derecho, retorcido instantáneamente a la espalda. Pemberton emitió un resoplido de sorpresa, pero no pudo desasirse; el ataque había sido fulminante y Turbin gozaba por el momento de todas las ventajas.

Turbin apretó un par de veces con el antebrazo izquierdo y luego lo aflojó un poco.

—Pemberton, tú no has sido periodista en tu vida —dijo—. Quiero que me contestes a unas cuantas preguntas o tendrás que lamentarlo.

El hampón se había recobrado ya y emitió una burlona risotada.

—¿Cómo cree que me hará hablar, amigo?

—Así —dijo el joven, a la vez que acentuaba la presión sobre el brazo derecho del pistolero—. ¿Cómo has sabido que Mallory no tenía ningún hermano?

—Era hijo único. Me lo dijo él en una ocasión, pero yo no lo había recordado hasta que ustedes estaban a punto de marcharse.

—Comprendo. Cuando dijiste a la señorita Hyland que eras reportero del *Sentinel*, buscabas la fotografía, ¿no?

—Es cierto, pero ella no la tenía...

—¿Quién se la llevó después de asesinar a Loss?

—Seguramente, Rowhyle.

—¿Quién es Rowhyle?

Pemberton guardó silencio. Turbin volvió a apretar. El sujeto exhaló un grito de angustia.

—Me va a romper al brazo —se quejó.

Turbin levantó un poco la rodilla derecha y la clavó en los riñones del sujeto, a la vez que le hacía curvar la espalda hacia atrás.

—Y el espinazo también, si insistes en mantener cerrada la boca —gruñó amenazadoramente—. Vamos, habla de una vez. ¿Quién es Rowhyle?

—Es... competidor de Haskell... Los dos buscan la misma cosa...

—¿Qué, Pemberton?

—Un... un millón en esmeraldas.

Turbin se quedó tan sorprendido al oír aquella respuesta, que aflojó la presión maquinalmente durante un segundo, pero reaccionó muy pronto, al darse cuenta de que su prisionero intentaba escapar.

—No tan de prisa, amiguito —dijo, ejerciendo aún más fuerza sobre el brazo de Pemberton—. De modo que un millón en esmeraldas... y nadie sabe dónde está.

—Creo que... Mallory lo sabía... pero...

—No le dieron tiempo a hablar, ¿eh?

—Así es. No sabemos quién lo asesinó; por eso queríamos la fotografía.

—Pemberton, tú disparaste contra el tipo que seguía a la señorita Hyland. ¿Pertenece a la «cuadra» de Rowhyle?

—Sí...

De repente, una sombra oscura se alzó frente a los dos hombres.

Turbin miró un instante al recién llegado y captó en su mano derecha el brillo de algo metálico. Presintiendo lo que iba a ocurrir, agachó la cabeza, aunque sin soltar al hampón.

Delante de él, brillaron dos fogonazos, casi sin ruido. Turbin captó el horrible sonido de las balas al hundirse en el cuerpo del pistolero, que se retorció convulsivamente después de los impactos.

El otro huyó inmediatamente, confundiéndose con las sombras. Turbin notó el relajamiento del cuerpo que aún sostenía con sus brazos y lo soltó en el acto. Pemberton cayó, como un montón de trapos mojados.

El joven inspiró con fuerza. Volviéndose hacia el lugar donde estaba la muchacha, hizo un gesto con la mano.

Janice acudió a la carrera. Turbin la hizo subir en el coche inmediatamente.

—Vámonos —dijo.

La joven había entrado en el coche por el lado del conductor. Cuando Turbin accionaba el arranque, vio el cuerpo tendido en el suelo y lanzó un pequeño grito de sorpresa.

—Hank...

—Acaban de asesinarlo —contestó él.

—¡Dios mío!

—Tú y yo no hemos visto nada, Janice.

—Sí, sí, claro... Pero ¿por qué?

—Ya te contaré en otro momento, pero ahora debes saber que hay una guerra a muerte entre dos bandas, por un millón de dólares en esmeraldas.

\* \* \*

Turbin recibió numerosas palmadas de afecto cuando llegó al estudio y apreció la satisfacción que se veía en muchos rostros ante su llegada. Contestó agradecido a las felicitaciones y luego se encaminó hacia el camerino en cuya puerta había una estrella dorada y el nombre de su ocupante.

Llamó a la puerta y esperó unos instantes. Luego oyó una voz:

—¿Quién?

—Turbin, encanto.

—Ah, Hank, qué alegría... Pasa, te lo ruego.

Turbin abrió la puerta. Al fondo del amplio interior, vio un biombo. Lily estaba al otro lado.

—Cierra bien, querido —dijo ella.

—Perfectamente. ¿Cómo te encuentras?

Lily asomó la cabeza. Sonreía hechiceramente. Era una mujer muy distinta de la que se conocía corrientemente cuando actuaba ante las cámaras.

—De maravilla —dijo la artista—. Pero ¿qué te pasa, Hank? ¿Por qué me miras así?

—El pelo... Creo recordar que el día en que estuviste en mi apartamento lo tenías más oscuro y muy corto... Ahora lo llevas largo y rubio...

—Uso peluca, tonto. Hace tiempo, me aplicaron un tinte muy malo y estuve a punto de quedarme calva.

—Hubiera sido algo horrible —se aterrorizó el joven—. Aunque, bien mirado, entre los egipcios, en la época de los faraones, las mujeres se rasuraban el cráneo por completo, ya que así ofrecían un atractivo altamente erótico.

—A mí no me hubiera gustado en absoluto. El médico me recomendó dejara los tintes para el pelo durante una larga temporada. Por eso utilizo ahora pelucas con el cabello tal como lo tenía antes de aquella enfermedad.

—Tú estás siempre hermosa, vayas como vayas —sonrió Turbin—. Lily, anoche estuve hablando con Haskell.

—¿Averiguaste algo, supongo?

—Sí. Sé, en parte, por qué murió Mallory.

—¿De veras?

Turbin notó cierta inseguridad en la voz de la artista, pero no le concedió mayor importancia al detalle. De pronto, vio a Lily a través de un espejo de cuerpo entero, que había en la pared situada a la derecha del biombo.

Ella se había quitado la ropa y sólo llevaba puestos los zapatos. Turbin sonrió.

—Cuando vea al que puso ahí el espejo, le daré las gracias —dijo.

Ella le miró a través del cristal azogado y sonrió.

—¿Me encuentras atractiva?

Turbin suspiró.

—Ahora comprendo a Adán cuando Eva le ofreció una manzana —dijo.

—Hank, yo no tengo ninguna manzana, pero...

Lily abrió una puerta situada detrás del biombo.

—A veces, me retiro aquí a descansar, en los entreactos del rodaje —añadió.

—La filmación empezará muy pronto —alegó él.

—Empezará cuando yo quiera, Hank.

Hubo un instante de silencio. Luego, Turbin pasó al otro lado del biombo. Lily agarró su mano y tiró de él. La habitación del otro lado estaba en penumbra.

Minutos después, Lily le dio un apasionado beso.

—Hank, voy a pedir al productor que te contrate para mi próxima película —dijo.

—Ni lo sueñes —contestó él—. Tengo mi profesión, como ya sabes, y el mundo del cine no me gusta absolutamente nada. No te ofendas por ello; no va contigo personalmente, ¿comprendes?

—Es una lástima. Tú y yo podríamos formar una pareja ideal...

—En otro aspecto, quizá, pero no en el cinematográfico.

Da pronto, sonaron unos golpes en la puerta. Lily se levantó rápidamente y envolvió su cuerpo espléndido en una bata.

—Vienen a arreglarme ya para la escena final —dijo—. Nos veremos en el «plateau», Hank.

—De acuerdo, encanto.

Turbin abandonó el cuarto. Cuando ya salía, ella le hizo una pregunta:

—Hank, ¿has averiguado, al fin, por qué asesinaron a Mallory?

—Sí —contestó el joven—. Por un millón de dólares en esmeraldas.

## CAPÍTULO VII

Cuando salían, cogidos del brazo, ataviados con las galas nupciales, al escenario que simulaba el salón en que se iba a partir la tarta, Turbin sufrió un fuerte estremecimiento al ver a una intrusa en el lugar.

Janice había acudido a presenciar la filmación, sin comunicarle sus proyectos. Alarmado, se preguntó si sospecharía lo que había sucedido entre él y Lily apenas una hora antes.

La muchacha, sin embargo, se hallaba en un lugar discreto. Turbin se tranquilizó y procuró concentrarse en el papel que desempeñaba. Realmente, se dijo, era un guion idiota. Ahora estaba casándose con la viuda del hombre al que había asesinado a la vista de muchas personas. ¿A qué imbécil escritor se le podía ocurrir una estupidez semejante?

Pero cosas así daban dinero, pensó, y era preciso resignarse. Además, estaba actuando porque se lo había ofrecido su amigo Mallory. «Como si ahora estuviese cumpliendo su última voluntad», pensó, mientras los demás participantes en la escena aplaudían entusiásticamente.

Turbin y Lily pasaron a poca distancia de Janice. El joven apreció una pequeña cámara sobre el pecho de la joven. «¿Por qué diablos querrá hacer fotografías de algo que luego puede ver en una pantalla?», se preguntó.

Avanzaban lentamente hacia la mesa donde estaba la tarta, devolviendo sonrisas y parabienes. Algunas «extras» se acercaban a besarles y ellos correspondían afectuosamente. Janice, entusiasmada, tiraba placa tras placa, sin que nadie se percatara de lo que estaba haciendo.

Al fin, los «recién casados», se llegaron junto a la mesa. Un

atildado *maitre* les ofreció el cuchillo con el que debían cortar la tarta. Janice se aprestó a impresionar el momento.

Las manos de los dos actores se unieron en el mango del cuchillo. Cuando el filo se apoyaba en el borde del pastel, Janice disparó una vez más el obturador de su cámara.

En el mismo momento, Lily lanzó un apagado gemido y se tambaleó.

Turbin se alarmó.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

Alguien lanzó un colérico bramido.

—Pero ¿es que no va a salir nunca bien esta maldita escena? —tronó el director—. ¡Corten, por todos los diablos! ¡Corten de una vez!

Turbin, intrigado, notó que Lily desfallecía con rapidez. La cabeza de la artista empezó a doblarse a un lado.

El joven la sujetó por la cintura, para evitar que cayera al suelo. Cuando se inclinaba un tanto hacia ella, vio la mancha escarlata entre los senos, sobre el blanco impoluto del atavío nupcial.

—¡Dios mío! —gritó, sin poder contenerse—. ¡La han asesinado!

Turbin se inclinó hasta dejar el cuerpo de Lily en el suelo, mientras a su alrededor se organizaba un terrible escándalo.

Alguien llamó a voces al médico de los estudios. Arrodillado junto a la artista, Turbin le daba palmaditas constantemente en una mano, a la vez que trataba de infundirle optimismo.

—Animo, Lily, esto no ha sido nada... Pronto te curarás...

El médico llegó presurosamente con su maletín y se arrodilló también junto a la artista. Buscó su pulso y, al cabo de unos instantes, levantó la cabeza y miró a Turbin.

—Ya no hay nada que hacer —diagnosticó—. Está muerta.

\* \* \*

Llegó ante la verja, tocó el timbre, dio su nombre y alguien accionó desde el interior de la casa el mecanismo eléctrico. Luego, Turbin avanzó a lo largo del jardín. Una hermosa muchacha le recibió en la puerta, con la sonrisa en los labios.

—Janice ha salido, aunque volverá pronto, creo.

Turbin sonrió también. Luego sacó una moneda.

—Puesto que Janice no está, lo echaré a suertes. Cara, para Eunice. Cruz para Beatrice —dijo.

Echó la moneda al aire y salió cruz.

—Eres Beatrice —añadió.

—Has fallado una vez más —rió ella, a la vez que le agarraba por el brazo—. Anda, ven y tomarás una copa. Aunque han pasado ya dos días, creo que todavía necesitas confortarte un poco.

—Fue un mal trago, en efecto, Eunice —admitió el joven.

Eunice le condujo al salón y preparó una copa, que ofreció de inmediato al visitante.

—Janice me contó lo ocurrido —manifestó—. Debí de ser algo espantoso, pero lo más extraño de todo es que nadie vio ni oyó nada, hasta que Lily cayó herida de muerte.

—Había mucha gente en el «plateau». Además, el asesino disparó con silenciador. El sonido se grababa en directo, aunque luego los especialistas arreglasen la grabación. Era un ambiente idéntico al de una boda real, en suma.

—Y en esos casos, siempre hay mucho ruido —admitió Eunice—. Pobre mujer; morir en la flor de la edad, joven, hermosa, admirada por millones de personas... ¿No te parece espantoso?

Turbin asintió. Lily había sido enterrada aquella misma mañana. Aún le parecía verla en su ataúd, antes de que la tapa se cerrase para siempre.

—Parecía la Bella Durmiente —murmuró.

—Tú la apreciabas bastante, creo —dijo Eunice—. A pesar de su carácter...

—Era sólo una postura —respondió Turbin, pensando en los momentos de ardiente pasión, en los que Lily había vibrado fogosamente en sus brazos.

—Lo siento muchísimo, Hank.

Hubo un momento de silencio. Luego, Turbin miró a la muchacha y sonrió.

—Sois como tres gotas de agua —dijo—. Vuestros padres, cuando erais más pequeñas, tendrían problemas para identificaros, supongo.

—Oh, ninguno, en absoluto. Nos marcaron como terneras, pero no te diré dónde —contestó Eunice maliciosamente.

Turbin respingó. Eunice lanzó una alegre carcajada.

—Era sólo una broma —añadió—. Ciertamente, nos confundían a menudo, pero los padres siempre saben distinguir a los trillizos, aunque sean muy parecidos... Ah, ahí viene Janice, creo —exclamó de pronto.

La puerta del salón se abrió y Janice apareció, con una grave expresión de preocupación en su hermoso rostro. Eunice fue inmediatamente hacia ella.

—Estaba atendiendo a Hank —manifestó—. ¿Te ocurre algo?

Janice vaciló un momento, luego dijo:

—Eunice, por favor, ¿quieres dejarnos a solas un momento? Por supuesto, luego os lo contaré todo, pero antes quiero hablar con Hank...

—Sí, claro, como quieras. ¡Hasta luego, Hank! —se despidió Eunice.

Turbin y la muchacha se quedaron a solas. Janice le miró silenciosamente durante unos segundos. Después, acercándose a la mesa, puso encima su bolso y lo abrió, para sacar un gran sobre de vivo color amarillo.

—He traído las fotografías que tomé durante la filmación en el estudio —dijo.

—No quiero verlas —gruñó él—. Me recuerdan algo muy desagradable.

—Lo siento, pero tendrás que verlas —dijo ella firmemente—. Una, por lo menos, Hank.

Turbin contuvo el silencio.

—Empiezo a sospechar...

Janice asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Sí —confirmó—. Pero, además, esta vez me he asegurado de que no me van a velar la película. Además, la he hecho ampliar al doble del tamaño normal... ¡Mira, Hank!

Ella puso en manos del joven la fotografía y él la contempló estupefacto, diciéndose que estaba viendo al hombre que mató a Lily Grock y, probablemente también, al asesino de Mallory.

El criminal aparecía a la derecha de la fotografía, en un punto donde había un pequeño claro entre los figurantes de la película. Vestía chaqueta a cuadros, camisa de color rojo oscuro, con el cuello cerrado, y pantalones de visera, con una borla roja en la parte superior.

Era un hombre joven, de menos de veinticinco años, delgado, de cara muy pálida, como si padeciese carencia crónica de glóbulos rojos. Los pómulos eran muy salientes, lo mismo que la nariz, prominente y afilada. En la mano se veía con toda claridad el arma homicida, encarada al cuerpo de Lily, que aparecía parcialmente de espaldas, en el lado opuesto de la escena.

Turbin estaba junto a la difunta, vuelto hacia ella, de modo que se le podía ver el rostro sonriente, como si mostrase un infinito amor hacia su esposa fingida. El rostro de Lily se veía parcialmente de perfil y resultaba evidente que no había reparado en el asesino.

Todos los ojos estaban fijos en la pareja que desempeñaba la ficción en la película. Nadie, por tanto, se había fijado en el asesino que, pensó Turbin, había podido marcharse después con toda tranquilidad.

—Pero no entiendo... —dijo Janice—. ¿Por qué unas ropas tan llamativas, Hank?

—Querida, en un estudio de cine, esas ropas son lo menos llamativas que te puedas imaginar —contestó él.

—De todos modos, es un detalle de escasa entidad —alegó la muchacha—. Hank, ¿qué me aconsejas? Debo enviar la fotografía a la Policía, supongo.

—¿Conservas el negativo?

—Sí, desde luego.

—¿Has hecho tú misma el proceso de revelado y positivado?

—Sólo el de positivado y ampliación. Entiendo algo de eso; hubo un tiempo en que me dio por la fotografía, pero luego me di cuenta de que no adelantaría gran cosa y lo dejé. Sin embargo, sé lo suficiente para sacar positivos partiendo del negativo, y lo hice en el taller de un buen amigo.

—Le darías alguna excusa plausible —sonrió Turbin.

—Bueno, dije que eran unas fotografías un poco... especiales. Habrá creído que soy una mujer depravada, tal vez, pero es hombre discreto y no despegará los labios. Además, en el negativo es muy difícil distinguir los detalles; corresponde a una cámara tipo bolsillo y, como no ignoras, son muy pequeños.

El joven asintió.

—De todos modos, es posible que un buen abogado le sacase del apuro, arguyendo que no se ve con claridad que el asesino disparase

contra Lily. Sí, se le ve con una pistola en la mano, pero no es una escena absolutamente definitiva, salvo que se le capture con la misma pistola encima y eso no sería fácil. Janice, se me ha ocurrido una idea —dijo él de pronto.

—¿Sí, Hank?

—Hablaré primero con el portero de los Estudios. Tiene que recordar a un tipo tan estafalariamente vestido, con toda seguridad. Luego, conozco a un buen amigo de Lily, quien debe de saber muchas cosas de sus andanzas y le interrogaré también. Y, por último, estimo que una visita a la residencia de Lily no estaría de más.

Janice sonrió maliciosamente.

—¿Me permites una objeción?

—Claro, mujer.

—Opino que la visita a la residencia de Lily debe ocupar el primer lugar en la lista de lo que piensas hacer. Y, más todavía, creo que debo acompañarte en esa «excursión».

Turbin respingó.

—¡Janice!

—¿No piensas hacerlo tú?

—Pues, sí, pero me disgustaría que pudiera ocurrirte algo...

—Vamos, no seas aprensivo. ¿Qué nos puede pasar por entrar en una casa ajena durante la noche y cuando su dueña, por desgracia, no puede protestar?

Turbin alzó los brazos al cielo.

—Tengo la impresión de que es muy difícil disuadirte cuando se te mete algo en la cabeza —dijo.

Janice le dirigió una encantadora sonrisa.

—Todo depende de los argumentos que se empleen, pero en esta ocasión no has dicho ninguno que valga la pena —respondió.

—Muy bien, iremos... esta misma noche. Después de cenar, claro.

—Diré que pongan un cubierto más en la mesa, Hank.

—¿He de cenar con las tres hermanas, Janice?

—Hombre, si ellas están en casa, no las vamos a enviar a la cocina —rió la muchacha.

—Está bien... Ah, un consejo; guarda esa fotografía y el negativo en un lugar donde no se puedan encontrar tan fácilmente.

—Pensaba hacerlo, Hank —contestó Janice.

La cena resultó muy agradable y en esta ocasión, no hubo confusiones. Cada una de las hermanas llevaba una indumentaria diferente.

—Aunque, a veces, nos ponemos vestidos iguales y algunos, cuando nos ven, dudan de sus sentidos —dijo Eunice alegremente.

Beatrice, por su parte, relató la anécdota del borracho que se tropezó con ellas en cierta ocasión y que, al verlas tan iguales, incluso en el vestuario, entró de nuevo en el bar del que acababa de salir, y empezó a golpes con el dueño, acusándole de venderle licor adulterado.

—¿Poco adulterado? —se extrañó Turbin.

—Sí —confirmó Beatrice, en medio de las risas de sus hermanas —, porque si hubiera sido un licor adulterado como Dios manda, habría visto a cuatro hermanas, es decir, dos parejas, porque creía que éramos gemelas, y sólo había visto a tres, o sea pareja y media.

Turbin meneó la cabeza.

—Tenéis un sentido del humor maravilloso, Dios os lo conserve durante muchos años —dijo—. Pero hay algo que me extraña. No he conocido aún a vuestros padres... ¿Acaso sois huérfanas?

—No —respondió Janice—. Están de viaje de negocios en Europa. Bueno, papá, pero como le acompaña nuestra madre, ella aprovecha para hacer turismo mientras tanto. Volverán pronto, aunque no conocemos la fecha todavía.

—Bien, eso me tranquiliza, porque no me habría gustado tener que cuidar de tres pobres huerfanitas —dijo Turbin riendo.

De pronto, se puso serio. Las tres hermanas le miraron con inquietud.

—Debéis perdonarme —rogó el joven—. No he podido evitar acordarme de la pobre Lily Grock. Era mucho mejor de lo que creía la gente y, aunque hubiese cometido alguna acción indigna, no merecía morir en la flor de la vida.

Janice puso una mano sobre la del joven.

—El asesino pagará su crimen, Hank —dijo.

—Y el que lo pagó por cometerlo, también —añadió él firmemente.

## CAPÍTULO VIII

La residencia de Lily era un edificio de estilo californiano, con dos pisos y tejado de tejas rojas, rodeada por un jardín con su correspondiente piscina. En tiempos había pertenecido a un famoso astro del cine mudo, pero con el paso de los años había sufrido muchas modificaciones y apenas si conservaba el exterior del proyecto original.

El jardín estaba rodeado por una alta tapia y Turbin buscó el lugar más oscuro para pasar al otro lado. Ya se había enterado de que la escasa servidumbre de la actriz había abandonado la casa, llevándose, incluso, los dos perros lobos que la protegían. Cuando estuvieron en el interior del jardín, se volvió hacia la muchacha.

—Esta casa debe de ser una tentación para los ladrones —comentó—. La protección es inexistente.

—Quizá haya alarmas en la misma casa —apuntó Janice.

—Dentro de poco saldremos de dudas.

Con las manos unidas, corrieron hacia el edificio. Turbin buscó la parte posterior y rompió un cristal de un codazo.

No hubo estridor de timbres de alarma. Turbin levantó el bastidor, pasó al interior y ayudó a la muchacha a entrar en el edificio.

—¿Dónde piensas buscar? —preguntó Janice.

—Una vez vi a Lily en un reportaje gráfico, simulando escribir a sus admiradores en su gabinete privado, según decía el pie de la fotografía. Probablemente, era una ficción, pero, en alguna ocasión, se sentaría ella en esa habitación a escribir al menos unas cuantas felicitaciones de Navidad.

—Sí, es muy posible.

Turbin echó a andar, alumbrándose con una linterna eléctrica

que había llevado a prevención. Alcanzaron el enorme vestíbulo y subieron al primer piso en donde, tras algunos tanteos, encontraron la habitación que buscaban.

—Voy a correr las cortinas, para que no salga luz al exterior —dijo él.

Momentos después, empezaban la búsqueda. Había un elegante escritorio de persiana, pero no estaba cerrado con llave. Mientras él investigaba el mueble, Janice hurgaba en una estantería en la que había algunos libros y estatuillas de adorno.

En los cajones del escritorio no encontró nada que le indicara la menor pista. Levantó la persiana y revisó la carpeta que había allí. Encontró un papel y leyó lo que parecía una dirección, aunque no mencionaba el nombre de la persona.

—Baldy Hill House —murmuró—. Esto parece una casa en algún sitio, pero no hay número...

De pronto, oyó a Janice lanzar un grito de sorpresa.

—¡Hank, ven! —llamó la muchacha.

Turbin dio media vuelta y se acercó a ella. Janice le enseñó una fotografía.

—Estaba detrás de ese cuadro —lo señaló con una mano—. ¿No te sorprendes al ver que la hemos encontrado en el lugar que podíamos esperar?

Turbin estaba mudo de asombro. La fotografía que tenía en las manos era la que Janice había tomado en el instante de la muerte de Mallory.

El asesino había sido retratado con absoluta fidelidad. Era un tipo de mediana estatura, vestido con ropas oscuras y cubierta la cabeza por una gorra a cuadros de tonos discretos. Las gafas negras que usaba parecían una máscara.

En la mano del asesino se veía el revólver, del que brotaba un débil chorro de humo. Ahora ya no se podía dudar que era el hombre que había matado a Mallory.

—No entiendo cómo Lily podía tener aquí esa fotografía —dijo al cabo de unos momentos—. Me parece algo incomprensible...

—¿Y si fue ella la que mató a Loss?

Turbin contuvo la respiración un momento.

—Janice —respondió por fin—, puedo creer muchas cosas de Lily, pero no que fuese capaz de matar a nadie. Ya no me cabe la

menor duda de que estaba mezclada en asuntos muy oscuros, pero mi imaginación no llega a suponer que fuese una asesina.

—Si tenía la fotografía aquí, al menos era cómplice del asesino —arguyó la muchacha.

—Tengo que darte la razón —dijo él tristemente—. Y, en todo caso, debemos compadecerla... y rogar por la paz de su alma. Bueno, Janice, creo que ya hemos hecho todo lo que podíamos y debemos marcharnos.

Repentinamente, se oyó un ruido en la planta baja. Alguien gruñó:

—No seas estúpido, *Dandy Bimes*; no hay nadie en la casa y el trabajo que tienes que hacer es de lo más sencillo.

Turbin y la muchacha cambiaron una mirada. Sonaron pasos en la escalera que conducía el primer piso.

El joven presintió lo que iba a suceder y saltó hacia el interruptor de la luz. Luego asió la mano de Janice.

—Ven, vamos a escondernos —dijo perentoriamente.

\* \* \*

Una mano movió el interruptor de la luz y el gabinete se iluminó en el acto. *Dandy Bimes* arrojó una mirada a su alrededor.

Aspiró el aire con fuerza.

—Juraría que ha estado alguien... Huelo a perfume de mujer...

Rico Marston soltó una estentórea carcajada.

—Aquí vivía una mujer, idiota —contestó—. Vamos, al trabajo; no podemos perder ya demasiado tiempo.

Turbin trató de mirar a través de una rendija de las cortinas tras las cuales se hallaban ocultos. Los recién llegados tenían aspectos muy dispares.

Uno de ellos era un sujeto enorme, de casi dos metros de estatura y cien kilos de peso por lo menos. El otro era casi la mitad en peso y volumen del anterior y parecía mucho más inteligente.

—¿Dónde está la caja, Rico? —preguntó.

El gigante se acercó a uno de los muros e hizo girar un cuadro.

—Aquí la tienes, *Dandy*.

—Muy bien. Ahora, la «pasta».

—¿Cómo?

—Quiero el dinero, Rico. No me importa lo que pueda haber en esa caja fuerte, pero hemos hecho un acuerdo. Pago por adelantado. Ah, y quedamos en dos mil quinientos. No me robes un solo dólar o me largo inmediatamente.

Gruñendo entre dientes, Marston sacó un fajo de billetes y los puso en las manos del otro. Bimes contó el dinero parsimoniosamente y asintió al finalizar.

—De acuerdo —dijo.

Turbin le veía perfectamente manipular en la caja fuerte, algo que a él no se le había ocurrido siquiera. Se preguntó por qué Lily no había guardado la fotografía, pero supuso que ella debía de haber considerado el reverso del cuadro más seguro que una caja fuerte. Todo el mundo creería que la guardaba en el arca empotrada en la pared y buscaría allí y no en el reverso del cuadro.

Bimes empezó a manipular con la rueda de la combinación. Turbin dedujo que debía de ser un especialista contratado para la operación. Mientras, Marston fumaba apaciblemente un cigarrillo.

Al cabo de unos minutos, Bimes se apartó a un lado:

—Todo es tuyo, Rico —dijo.

El gigante sacó una bolsa de tela fina, que llenó de inmediato con cuanto había en el interior de la caja. De pronto, sintió un codazo.

—¿Qué pasa, *Dandy*?

—Rico, me parece que no estamos solos —Murmuró Bimes.

Turbin se estremeció. Miró hacia abajo y se percató de que las punteras de sus zapatos sobresalían fuera de las cortinas.

Una mano apartó violentamente las cortinas. Turbin asió el brazo de la muchacha.

—No temas, Janice.

El poderoso torso de Marston se hinchó tempestuosamente.

—Vaya, no sabía que tuviéramos espectadores —comentó con acento sarcástico—. ¿Esperaban el autobús? ¿O mejor una ambulancia que les lleve al hospital?

\* \* \*

Turbin contempló unos instantes a Marston. Era casi diez centímetros más alto que él y le pasaba al menos quince o veinte

kilos. En una pelea, tenía todas las de perder.

—Estamos aquí con tanto derecho como ustedes —contestó.

—Es posible, pero nadie protestará si les ocurre algo en una casa ajena —sonrió Marston—. Sus nombres, por favor.

—No nos hemos visto nunca —protestó Janice.

—En persona, no, pero la he visto retratada en alguna parte...

—Es posible —dijo Turbin—. Ella es la doctora Mackerbickarne, propuesta para el premio Nobel de Medicina, por su descubrimiento de la curación de la «stumpinnitis mortalis».

Marston puso cara de idiota.

—¿Qué enfermedad es ésta?

—Muy contagiosa y mortal de necesidad en el plazo de unas pocas semanas, si no se le aplica el tratamiento apropiado. ¿No es cierto, doctora?

Janice decidió seguir la corriente al joven.

—Sí, es verdad —contestó.

—Pero... aquí no hay ningún enfermo... —dijo Marston, desconcertado.

—Lily Grock padecía esa enfermedad, aunque no se había hecho público. La doctora le estaba tratando y tenía posibilidades de curarla, pero, por desgracia, asesinaron a su paciente.

—Entonces, ¿qué diablos han venido a buscar aquí?

—Muestras de los objetos que Lily pudo haber tomado, para analizarlas y poder curar así a otros enfermos de «stumpinnitis».

Janice tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no soltar el trapo de la risa. Los dos sujetos estaban atónitos ante algo que les resultaba totalmente inesperado.

Súbitamente, Bimes lanzó un aullido:

—¡Están mintiendo, Rico! Ahora la recuerdo; ella es Janice Hyland... La vi en una fotografía hace pocos días...

Marston vomitó una gruesa interjección.

—Muy bien, ahora me toca divertirme a mí —dijo ominosamente—. Sólo se lo preguntaré una vez: ¿Quiénes son y qué hacen aquí?

—Me niego a contestar a la primera parte de la pregunta —manifestó Turbin sin amilanarse—. En cuanto a la segunda, hacemos lo mismo que ustedes y con idéntico derecho. ¿Está claro?

El gigante volvió a llenarse los pulmones de aire. Luego,

volviéndose hacia Bimes, le entregó el saco que contenía todo lo hallado en la caja fuerte.

—Guárdalo un momento, *Dandy*. Estaré listo antes de que te des cuenta.

Janice se sintió terriblemente aprensiva al captar las intenciones del enorme sujeto. Turbin, por el contrario, estaba muy tranquilo.

—Déjanos, querida —pidió, a la vez que la empujaba a un lado—. Adelante, Rico, cuando quiera.

Marston lanzó una desdeñosa carcajada.

—Este infeliz no sabe con quién se la va a jugar —dijo.

Cerró los puños y se dispuso a atacar.

## CAPÍTULO IX

Janice contempló a Turbin, admirándose interiormente de su sangre fría. Se preguntó si el joven era un experto en boxeo, ya que le veía adoptar la postura clásica de iniciación de la pelea. Turbin simuló atacar inesperadamente, pero retrocedió de inmediato.

Marston volvió a reír despectivamente.

—Ahora verás, muñeco...

Y se lanzó hacia adelante con toda su masa de más de cien kilos.

Turbin soportó a pie firme la acometida. En el último instante, hizo un ágil quiebro, pero dejó tendida la pierna derecha.

Marston tropezó y empezó a caer. Había tomado demasiado impulso y ya no podía detenerse. Estaba a dos pasos de la ventana y su cabeza y sus hombros hicieron volar los cristales por los aires con tremendo estrépito. Luego, siguiendo su carrera, terminó de atravesar el hueco y saltó al vacío, a la vez que lanzaba un chillido de angustia.

Abajo resonó un golpe sordo. La voz de Marston se quebró en el acto.

Janice respiró aliviada. Bimes, por el contrario, se sintió muy aprensivo.

Turbin avanzó hacia él, mirándole amenazadoramente. Sin quitar la vista del hampón, dijo:

—Janice, asómate a ver qué ha sido de ese mulo bípedo.

Ella sacó el cuerpo fuera de la ventana y retrocedió en seguida:

—Está inmóvil, Hank. Quizá...

—No temas, no se habrá matado.

Turbin avanzó una mano y arrebató el saco al ladrón. Luego le hizo dar media vuelta y, propinándole una tremenda patada, lo catapultó contra la pared más próxima.

Bimes emitió un chillido de angustia. Al rebotar, Turbin le agarró por el cuello con la mano izquierda. Con la derecha, le registró cuidadosamente, despojándole del rollo de billetes que había recibido momentos antes.

—*Dandy*, voy a quedarme con el dinero... a menos que suelte la lengua —dijo—. Usted ya me entiende, ¿verdad?

El sujeto asintió.

—Oiga, yo no tengo nada que ver con esto. Me contrataron para abrir la caja fuerte, eso es todo —declaró.

—Ya lo sé, pero ¿quién le contrató?

Hubo un momento de silencio. Turbin adivinó las vacilaciones del sujeto. Bimes quería callar, pero le dolía perder dos mil quinientos dólares ganados con tanta facilidad.

—Bueno, supongo que fue Rowhyle... Marston es su hombre de confianza y él vino a buscarme, así que...

—Rowhyle, ¿eh? ¿A qué diablos se dedica ese tipo?

Bimes se encogió de hombros.

—A todo —contestó de mala gana—. Imagínese lo y tendrá la respuesta.

—Vamos, no es un filántropo precisamente —rió Turbin—. *Dandy*, ¿por casualidad ha oído hablar usted algo sobre un millón de dólares en esmeraldas?

El sujeto dio un respingo.

—¿Está burlándose de mí?

—Hablo en serio. ¿No sabe nada del asunto?

—Sé que se trata de un negocio muy importante, pero eso es todo. Si quiere más detalles, tendrá que preguntárselo a Marston. O al propio Rowhyle.

—Se lo preguntaré, descuide. Ahora, una última aclaración. ¿Quién mató a Lily Grock?

Bimes volvió a titubear.

—Bueno... Yo no estoy plenamente seguro... Se rumorea que fue *Hoot Danley*... La Policía le ha interrogado, pero tiene coartada...

—Falsa, supongo.

Bimes se encogió de hombros.

—Esas cosas no se mencionan en público, si comprende lo que quiero decirle —contestó.

—Le comprendo perfectamente. Ahora, dígame dónde puedo

encontrar a Danley.

—¿Piensas buscarle? —se alarmó Janice.

—Puedes estar segura de que sí —respondió el joven—. *Dandy*, espero su respuesta.

—Suele ir todas las noches al salón de Bonnie Ramsden, en la calle Octava, es todo lo que sé —dijo Bimes.

—Muy bien. Vuélvase, *Dandy*.

El ladrón obedeció. Turbin lo dejó sentado en el suelo de un seco rechazazo en el plexo solar, que le cortó la respiración. Luego agarró el saco y miró a la muchacha.

—Vamos, Janice.

Ella le siguió en el acto.

—Estoy muy preocupada —confesó, cuando ya descendían por la escalera.

—No ocurrirá nada —dijo él—. Tengo el saco y debe de haber cosas de mucho valor. Ya estudiaré su contenido durante la noche y mañana podré decirte algo interesante.

—Bimes me ha reconocido...

—No temas, callarán, porque las conviene. Ah, y guarda bien la otra fotografía.

—Sí, Hank.

—Es curioso —murmuró Turbin—. El asesino me parece conocido, aunque no recuerdo dónde lo he visto...

Al salir de la casa, vieron a Marston todavía en el suelo. Turbin se acercó al sujeto y vio que continuaba semiinconsciente, aunque calculó que no habría sufrido graves daños, ya que estaba sobre un espeso seto, que había amortiguado en buena parte los efectos de la caída.

—Ya despertará por sí solo —dijo—. Vámonos, Janice.

Después de dejar a la muchacha a la puerta de su casa, Turbin regresó a la suya. Se preparó un poco de café y luego, sin pérdida de tiempo, empezó a estudiar el contenido del saco.

\* \* \*

Era cerca del mediodía, cuando llamó a Janice por teléfono.

—Estaba impaciente, pero no me atrevía a llamarte —declaró la muchacha—. ¿Has averiguado algo?

—Más de lo que te imaginas —respondió él—. Éste es un asunto que parecería inconcebible, si no tuviese las pruebas delante de mis ojos.

—Así que Lily estaba mezclada en cosas muy turbias...

—Y Mallory también. Pero, por lo visto, se «pasaron».

—¿Cómo?

—Querían más de lo que les correspondía. Lily y Mallory hacían frecuentes viajes al otro lado de la frontera, al Sur, vamos. Dada su fama, la de ella, sobre todo, claro, podían hacer cosas que les estaban vedadas al resto de los mortales.

—Contrabando de esmeraldas, naturalmente.

—Y de otras piedras preciosas, aunque parece que en el último viaje fueron sólo esmeraldas.

—¿Un millón, Hank?

—Un millón es el valor de lo que entregaron. Otro millón corresponde a lo que se quedaron y que nadie sabe dónde está.

—¿No lo dice en los papeles que había en la caja fuerte?

Turbin suspiró.

—Tengo un montón de direcciones, con nombres y teléfonos, y anotaciones muy comprometedoras, pero no hay ni rastro de las esmeraldas. Si las escondieron en algún lugar que sólo ellos conocían, ya no podrán revelarlo a nadie.

—Tampoco lo vamos a lamentar —dijo Janice—. Hank, quiero hacerte una pregunta.

—Sí, naturalmente.

—¿Sigues pensando en ir a hablar con Danley?

—Desde luego, Janice.

—Me siento muy aprensiva...

—No temas, no ocurrirá nada.

—Pero tú no tienes experiencia en tratar con esa clase de individuos, Hank.

El joven se echó a reír.

—Sé un poco de psicología —contestó—. Además, anoche demostré que sí sé tratar con esos tipos.

—Bueno, pero... —De pronto, Janice lanzó una alegre carcajada—. Mira que decir que yo era la doctora Macke... ¿Cómo, Hank?

—Mackerbikarne. Reconocerás que eso nos hizo ganar tiempo y así pudimos salir de allí sin problemas.

—Sí —suspiró ella—. Pero ten cuidado; no te arriesgues innecesariamente.

—Procuraré ser precavido. Ya te llamaré en cuanto haya hablado con Danley.

—Aunque sean las dos de la madrugada, Hank.

—Muy bien. Hasta luego, Janice.

Turbin colgó el teléfono y meditó durante unos segundos. Pensó en Lily y en los ardientes momentos de pasión a su lado, pero luego desvió sus pensamientos hacia Janice.

—Una muchacha realmente encantadora... por triplicado —sonrió, a la vez que se dirigía a la cocina para prepararse el almuerzo.

\* \* \*

Entró en el salón de Bonnie Ramsden alrededor de las nueve de la noche y paseó la vista por el interior. Había varias mesas de billar y todas estaban ocupadas, aunque en una de ellas había un sujeto solo, que parecía jugar una partida consigo mismo.

La dueña estaba al otro lado del mostrador. Era una cuarentona de rostro enérgico, aunque agradable, pechugona y con los dedos llenos de sortijas. Turbin se acercó al mostrador y pidió una copa.

—Eres nuevo aquí, buen mozo —dijo Bonnie.

—Alguien me recomendó este lugar para divertirme un rato.

—No hay chicas; sólo mesas de billar.

Turbin la miró desenvueltamente.

—¿Eres Frankenstein, por casualidad?

Bonnie comprendió la indirecta y soltó una carcajada.

—Soy una mujer virtuosa —dijo.

—Ah, sólo lo haces con uno a la vez.

—¿Sabes que eres muy descarado? ¿Acaso crees que me voy a la cama con el primero que me lo pide?

—Pero, algunas veces, te vas a la cama con un hombre.

—No me gustan las mujeres.

—Tampoco a mí.

—¿Qué? ¿Eres...? —se alarmó Bonnie.

—No, no me has comprendido. Digo lo mismo que tú: no me gustan los hombres.

Bonnie se echó a reír.

—Tienes mucha labia, pero no pierdas el tiempo conmigo. Y debo admitir que eres muy guapo, pero...

—Otro día será —fingió él lamentarse—. ¿Puedes decirme si aquel tipo que juega sólo es Danley?

La expresión de la mujer cambió de inmediato.

—No te metas con él —gruñó.

—Tengo que hablarle, Bonnie.

—Tú no pareces policía, pero...

—Tienes razón, no soy policía. Por eso no te reprocharé que hayas apoyado la coartada de Danley.

Bonnie bajó la mirada.

—Amenazó con...

—Dijo que te mataría si no callabas, ¿eh?

—Algo peor: me cortarían los pechos.

—Pero si él estaba preso...

—Otro lo hubiera hecho con mucho gusto. Un bruto llamado Marston, el diablo cargue con él —dijo Bonnie rabiosamente.

—Es posible que un día se lo lleve, en efecto —sonrió Turbin—. Bueno, en todo caso, reza por Danley —se despidió, para ir al encuentro del sujeto.

En aquel momento, Danley golpeaba una bola con el taco. Turbin llegó a la mesa y detuvo la bola con su mano derecha, mientras miraba al individuo con aire desvuelto.

\* \* \*

Danley no pareció inmutarse. Apoyó la contera del taco en el suelo y empezó a darle tiza.

—Si no dejas la bola en su sitio, te llevarás un disgusto —dijo en tono completamente natural.

—Como el que se llevó Lily Grock, supongo.

Danley pareció alterarse un instante.

—Tengo coartada —dijo.

—Falsa, *Hoot*.

—La Policía lo admitió.

—Yo no admito esa coartada. ¿Cuánto te pagó Rowhyle por asesinar a Lily Grock?

—No sé de qué me estás hablando...

—*Hoot*, ¿es posible que no me hayas reconocido?

El pistolero entornó los ojos.

—Me parece haberte visto antes...

—Estaba junto a Lily. Íbamos a cortar el pastel nupcial. Danley se puso rígido.

—Sigo diciendo que tengo una coartada —murmuró.

—Yo te vi claramente. Es más, alguien obtuvo una fotografía y apareces tú con la pistola en la mano.

—Eso no es cierto. Tratas de amedrentarme, pero no lo conseguirás.

—*Hoot*, hasta ahora no has negado tu crimen. Sólo has dicho que tienes una coartada. Eso puede servir para la Policía, pero no para mí, ¿lo vas entendiendo?

Danley pareció sentirse impresionado.

—Escucha, si no te vas inmediatamente...

—¿Me matarás? ¿Cómo hiciste con Mallory?

—¡Diablos, no! ¡Yo no lo hice! —protestó el asesino con gran vehemencia.

Turbin captó en la respuesta una intrigante nota de sinceridad. Danley daba a entender que había matado a Lily, pero se escudaba en una coartada obtenida con amenazas. En cambio, negaba rotundamente ser el asesino de Mallory.

—¿Y a Pemberton? —recordó de pronto.

Los delgados labios del pistolero se contrajeron bruscamente. Turbin comprendió que el hombre que estaba frente a él, tenía otra muerte más sobre su conciencia.

«Si es que tiene conciencia», pensó.

—*Hoot*, lo creas o no, existe una fotografía en la que se te ve disparando contra Lily Grock —dijo lentamente—. La Policía recibirá esa fotografía y tu coartada quedará desvirtuada.

—No es cierto —sonrió Danley desdeñosamente—. Nadie se fijó en mí...

—Llevabas una chaqueta a cuadros, muy vistosa, camisa rojo oscuro y pantalones rayados, muy aparatosos, además de una gorra de visera con borla. ¿No te ha recordado nadie antes esa indumentaria?

Danley palideció.

Repentinamente, pareció perder la serenidad y arrojó el taco contra el joven. Por un instante, Turbin, mientras esquivaba el largo palo, pensó que Danley iba a sacar su pistola, pero casi en el acto supo que el sujeto estaba desarmado, sabiéndose sospechoso.

Antes de que pudiera reaccionar, Danley echó a correr hacia la salida.

En el mostrador, Bonnie contempló atónita la veloz carrera del pistolero. El suelo estaba a un nivel inferior del de la calle y Danley salvó los cuatro escalones de un salto.

Abrió la puerta y se precipitó en el exterior. Un segundo más tarde, retrocedió, chillando horriblemente.

Fuera, en la calle, brillaron varios fogonazos, a la vez que se oían unas estruendosas detonaciones. Alcanzado de lleno, Danley dio un tremendo salto en el aire y cayó de espaldas, estrellándose contra el suelo con siniestro ruido.

Danley pateó un poco, mientras en la calle se percibía el rugido del motor de un coche que escapaba a toda velocidad. Luego, con violento movimiento, el sujeto abrió los brazos en cruz y sacudió la cabeza un par de veces. Al fin, se quedó quieto, en medio del asombro y la consternación de todos los espectadores del suceso.

## CAPÍTULO X

Estaba sentado ante su mesa, contemplando una fotografía, cuando, de pronto, oyó voces en el vestíbulo. Sonó una alegre carcajada.

—Pero, Hank, ¿cuándo aprenderás...? Yo soy Beatrice...

—No acierto nunca —suspiró el joven—. Pensé que eras Eunice...

—Ha salido. Janice está en el gabinete. Por allí, Hank.

—Gracias. ¿Puedo hacerte una confidencia, Beatrice?

—Claro, lo que quieras.

—Tengo entendido que muy pronto, el Congreso va a pronunciar una ley, autorizando la poligamia. Entonces, pediré vuestras manos.

—Ah, quieres casarte con las tres.

—¿Tan mala es la idea?

—Depende de los puntos de vista, Hank. Pero, con ley o sin ella, tendrás que conformarte con una de nosotras. Precisamente, la que se está asomando ahora a aquella puerta.

Turbin volvió la mirada y divisó a Janice en el umbral del gabinete. Con la sonrisa en los labios, avanzó hacia ella.

—No molesto, supongo —dijo.

Janice sonrió.

—Al contrario, Hank. Pero te diré que papá tiene muchos amigos en el Congreso y les dirá que voten contra la ley de la poligamia —contestó.

—Era sólo una broma, mujer. No tengo vocación de sultán. Con una me conformo... para toda la vida —dijo él, a la vez que la miraba intensamente.

Janice se ruborizó un poco.

—Anda, entra —dijo—. Sospecho que has venido a decirme algo interesante.

Turbin asintió.

—Estuve hablando anoche con al asesino de Lily. Además, entre el contenido del saco que quitamos a los ladrones de la caja fuerte de Lily, encontré una fotografía muy especial.

—¿Qué tiene de particular, Hank?

—Ahora lo verás.

Janice cerró la puerta y él se acercó a la mesa, sobre la que colocó la fotografía, pero tapándola en parte con un papel, de modo que sólo se vieran los rostros de las tres personas retratadas en ella, los brazos y los hombros, éstos parcialmente.

—¿Qué tiene de particular esta fotografía, Hank? —se extrañó Janice—. Aquí veo a Lily, en actitud amistosa, con dos hombres a ambos lados. Ella está abrazada por sus acompañantes... y por lo que se deduce, están en una piscina...

—Sí, pero sin ropa.

—Janice se quedó sin respiración.

—¿Los tres?

—Los tres.

Hubo un momento de silencio. Luego, Janice, lentamente, dijo:

—Bueno, una mujer desnuda, cuando es joven y hermosa, resulta agradable de contemplar, al menos para ojos masculinos. Los hombres... ya es otra cosa... sobre todo éstos, que no parece tengan figura de Apolo, precisamente. ¿Quiénes son, Hank?

—Uno de ellos, el productor, Morgan Franks. El otro es su socio, Shelby Rowhyle. La fotografía fue tomada con una cámara de revelado instantáneo, con dispositivo de disparo retardado, de modo que no hubo una cuarta persona que hiciera la fotografía, ni tampoco fue preciso enviarla a un laboratorio fotográfico.

—Y se la quedó Lily...

—Sin duda, para hacer presión sobre esos dos individuos, aunque no conozco por ahora los motivos. Aunque, sin duda, con esta fotografía, quería tal vez hacerles presión en algún sentido.

—Hank, hay un millón de dólares en juego —le recordó ella.

—Es cierto. Trajeron dos millones, pero se quedaron uno y nadie sabe dónde está. En el fondo, ése es el motivo principal de todo lo sucedido hasta ahora, incluyendo la muerte del asesino de Lily.

—Lo sé —respondió Janice—. Tú estabas presente... ¿Te dijo algo?

—Nada interesante. La coartada era falsa. Los testigos declararon intimidados, dijeron luego. Oye, ¿qué hace esa fotografía ahí? —exclamó Turbin de pronto, al ver la que Janice había estado contemplando momentos antes.

—Oh... la saqué de su escondite... Quería volver a ver otra vez al asesino de Mallory...

Turbin cogió la fotografía y la contempló durante unos momentos. Janice le miró interesadamente.

—Tú dijiste que te recordaba a alguien conocido, Hank. El joven asintió.

—Es cierto. Me parece haber visto a este hombre en alguna parte y no logro situar la fecha y el lugar... Janice, ¿no tendrás por ahí alguna lupa?

—Sí, creo que sí.

La muchacha hurgó en los cajones del escritorio y sacó al fin una lupa de gran potencia, que puso en manos de Turbin. Éste se aplicó a estudiar con el aumento óptico los menores detalles de la escena, casual pero fielmente registrada por la cámara de Janice.

Ella le contemplaba casi con ansiedad. De pronto, vio que el joven se ponía rígido.

—¡Dios mío! —murmuró Turbin—. No puede ser... ¡y, sin embargo, es ella!

—¿Ella? —se asombró Janice—. ¿Quién, Hank?

Turbin inspiró con fuerza.

—Dijo que llevaba el pelo corto, por prescripción facultativa. Solía llevarlo largo y rubio, bastante claro, pero en cierta ocasión, le aplicaron un tinte defectuoso y estuvo a punto de quedarse completamente calva.

—¿Te... refieres a... a Lily Grock? —dijo Janice, con la respiración en suspenso.

—Sí. Me lo explicó el día en que vino a verme a mi casa. Sin las pelucas que utilizaba habitualmente y que copiaban con toda exactitud su cabellera natural, estaba completamente desconocida. Ella vestía también un traje de corte casi masculino, aunque no tanto como el que utilizó para asesinar a Mallory. Aquí parece enteramente un hombre y más si se piensa en la gorra que lleva y que le cubre el pelo por completo.

—Más las gafas de color y, supongo, la ausencia total de

maquillaje.

—Exactamente. De este modo, cualquiera que la viese andando por la calle, pensaría que era un muchacho, si acaso se fijó en ella.

—Tú sí te has fijado...

—Es que, además, me he dado cuenta de otro detalle en el que Lily no reparó. Janice, fíjate en su mano izquierda, por favor.

—Parece un anillo —observó Janice.

—Sí, y lo llevaba también el día que estuvo en mi apartamento. Ahora comprendo muchas cosas que antes me resultaban una incógnita, aunque todavía quedan bastantes por descubrir.

—¿Por ejemplo, Hank?

—Lily conocía a la perfección el guion de la película; por eso disparó contra Mallory en el momento preciso, aunque, claro, no contó con que tú andarías por allí con tus amigos y tu cámara fotográfica. Después se produjo el incidente en el estudio: la batalla de la tarta.

—Es algo que nunca olvidaré —dijo la muchacha—. Pero luego todo desembocó en una tragedia...

—Lily estaba anormalmente nerviosa y tenía sus motivos porque, sin duda, se había dado cuenta de que alguien había impresionado una fotografía suya en el momento en que disparaba contra Mallory. Nosotros fuimos a ver a Loss después de la batalla de la tarta, pero ella, ignoro cómo, se nos adelantó, le mató y luego se llevó la fotografía. Es muy posible que Loss la hubiese reconocido y quisiera hacerla chantaje, y Lily, para evitarse problemas en el futuro, lo asesinó también.

Janice se estremeció.

—Parece mentira, Hank —musitó—. Una mujer tan hermosa... convertida en una asesina.

—Por un millón de dólares, no lo dudes.

—¿Lo crees así?

—Estoy plenamente convencido, sobre todo, porque he tenido una conversación muy interesante con Erwin MacRae, el ayudante de dirección. Erwin es un tipo sagaz y observador, y sabe más cosas de las que aparenta, aunque suele guardar silencio, para no verse en líos. Pero está seguro de que tanto el productor como Rowhyle están metidos de lleno en el asunto de las esmeraldas.

—Eso, sin embargo, no aclara la muerte de Lily —objetó Janice

—. Sabemos quién fue su asesino, pero nada más.

—Estás en un error —dijo Turbin—. Yo sí creo saber por qué murió Lily, pero, más aún, por qué mató a Mallory.

—¿De veras, Hank? —preguntó ella ansiosamente.

—He estado pensando mucho en el asunto. Para mí, no hay más que una solución. Verás, Lily y Mallory trajeron las esmeraldas, pero se quedaron con la mitad, esto es, el valor de un millón de dólares. Luego, por lo visto, no hubo reparto. MacRae me ha dicho que, aunque lo guardaban en secreto, Lily y Mallory eran amantes.

—Vaya noticia... Si la conocieran los periodistas...

—No tenemos por qué divulgarla, Janice. Ambos están muertos y, si pecaron, ya han sido juzgados por Quien no yerra jamás sus juicios sobre los humanos.

—Sí, Hank, eso es cierto —convino la muchacha, muy impresionada.

—Pero todavía hay más. En la muerte de Mallory intervinieron dos factores. MacRae es el hombre que conoce más secretos del estudio y me lo ha contado, bajo promesa de discreción absoluta. Mallory andaba ahora detrás de una «extra» muy bonita, con la que, sin duda, pensaba fugarse al Brasil. Es más, incluso tenían los pasaportes listos.

—Y Lily se enteró y por celos, lo mató.

—No sólo por celos, sino porque, sospecho, Mallory había guardado las esmeraldas y no había dado su parte a Lily.

—Pensaba marcharse con su nueva amiga y el botín.

—Exactamente.

—Entonces, ¿hemos de suponer que Mallory guardaba las esmeraldas en algún escondite de su casa?

Turbin sonrió.

—¿Te gustaría comprobarlo?

—Vas a proponerme que vayamos a la casa de tu amigo.

—Sí, Janice.

—Pero ¿cómo entraremos? No siempre hallaremos las mismas facilidades que en la residencia de Lily...

Turbin metió la mano en el bolsillo y sacó una llave que hizo saltar en la palma de su mano.

—Hace algunas semanas, al terminar el rodaje, yo me encontraba muy cansado —declaró—. Mallory me dijo que podía

quedarme en su casa, situada muy cerca de los estudios. Yo tenía casi una hora de viaje hasta mi apartamento y no me seducía la idea de meterme en el coche y padecer tanto tiempo, así que acepté la proposición y me quedé en la casa de mi amigo. Él dijo que pasaría la noche fuera y yo sospecho que estuvo con Lily... o tal vez con la otra. Luego, me olvidé de devolverle la llave, él no me la pidió... y hoy, al cambiarme de traje, me la he encontrado en el bolsillo.

Janice palmoteó alegremente.

—Supongo que iremos ahora mismo a buscar las esmeraldas —dijo.

El teléfono sonó en aquel momento. Janice lo tomó, escuchó unos instantes y luego, extrañada, se lo pasó al joven.

—Para ti, Hank.

Turbin se llevó el aparato a la oreja. Una voz de hombre resonó inmediatamente en sus tímpanos:

—Señor Turbin, voy a darle una noticia y tome buena nota de lo que le diga, porque no se lo repetiré. Tiene usted, exactamente, veinticuatro horas para devolvernos todo lo que se llevó de la residencia de Lily Grock.

—¿Me toma por tonto? —rugió el joven.

—No; por un hombre comprensivo... que hará exactamente lo que le decimos, si quiere ver de nuevo a su chica. Son las once y media de la mañana: le quedan, por tanto, veinticuatro horas de vida, a menos que usted acceda a nuestra petición.

Turbin se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera decir nada, el anónimo comunicante añadió:

—Ya nos pondremos en contacto con usted para indicarle el lugar y la hora donde debe hacerse el intercambio. Recuerde: el contenido de la caja fuerte de Lily Grock, a cambio de su chica. Eso es todo.

## CAPÍTULO XI

Turbin colgó el teléfono lentamente. Janice le miraba con gran atención y le vio preocupado.

—¿Qué sucede, Hank? ¿Malas noticias?

—No lo entiendo —respondió el joven—. Dicen que te han secuestrado y que te matarán, si no entrego lo que nos llevamos de la casa de Lily. Absurdo, ¿no? ¿Cómo te puede decir que te han secuestrado, si estás aquí conmigo?

Janice se echó a reír.

—Debe de tratarse de una broma de mal gusto... Algún estúpido ha querido burlarse de ti...

En aquel momento, sonaron unos nudillos a la puerta. Beatrice abrió un poco y sonrió.

—Perdonad si os interrumpo, pero quería saber si Hank se queda a almorzar en casa, para ordenar que pongan otro cubierto —dijo—. Eunice no ha dicho nada, de modo que supongo que estará aquí para la hora del almuerzo...

Repentinamente, Janice lanzó un agudo chillido. Turbin y su hermana la contemplaron estupefactos.

—¿Qué sucede? —preguntó el joven.

—¡Eunice! —gritó la muchacha—. ¡Es ella! Creen que soy yo y...

Turbin se sintió aterrado.

—¡Dios mío! —dijo, a la vez que se daba una palmada en la frente.

Beatrice entró en el gabinete.

—¿Pasa algo malo? —inquirió.

—Eunice... ha sido secuestrada... —gimió su hermana.

Beatrice puso la mano en el teléfono, con gesto resuelto.

—Voy a llamar a la Policía inmediatamente...

Turbin cortó su gesto en el acto.

—¡No, aguarda! —exclamó—. No perdamos la serenidad. Tenemos veinticuatro horas de tiempo y debemos evitar que le ocurra algo desagradable. Por el momento, no le pasará nada, salvo el susto que se habrá llevado al ver que la secuestraba.

—Pero no podemos quedarnos parados, mano sobre mano —dijo Janice, con acento de desesperación.

—Calma —recomendó Turbin—. Pensemos un poco, no dónde puede estar Eunice, sino quién la ha secuestrado, confundiéndola contigo. Tiene que ser alguien interesado en este asunto y estoy seguro de que Haskell debe quedar descartado. Por tanto, opino que Rowhyle tiene todos los números del sorteo.

—¿Rowhyle? —repitió Janice.

—Sí. Recuerda que le quitamos el saco a Marston, su hombre de confianza. Marston, por otra parte, fue el que contrató a Danley para asesinar a Lily. Por otra parte, si bien es cierto que Pemberton asesinó a uno de los hombres de Rowhyle, quedó a su vez fuera de juego, cuando Danley lo acribilló en el aparcamiento de coches del *Mondego*. Recuerda, hay una fotografía de Lily con el productor y Rowhyle...

Beatrice vio la fotografía, todavía cubierta parcialmente por la cuartilla que había colocado el joven, y la quitó para verla entera. Inmediatamente, lanzó un grito de repugnancia, a la vez que ponía la fotografía boca abajo.

—No debías haber mirado ahí —dijo el joven en tono de reproche.

—Es horriblemente... obscena... —Se estremeció Beatrice—. Nunca me hubiera figurado que hubiese personas capaces de hacer cosas tan asquerosas... y, además, retratándose...

—Este mundo es un asco, Beatrice —comentó Turbin con aire filosófico. De pronto, reparó en unas palabras escritas al dorso de la cartulina—. Mirad, aquí pone... Baldy Hill House y una fecha... Hace apenas cuatro meses... ¿Dónde he oído yo ese nombre antes de ahora? —murmuró, pensativo.

—Encontraste una dirección en casa de Lily —le recordó Janice.

—Sí, es cierto... —Los ojos del joven se iluminaron de pronto—. Encontré también más cosas: una hipoteca de la casa, en favor de Rowhyle. Pertenece a otra persona, que necesitaba dinero y...

Turbin volvió a examinar la fotografía, a fin de captar detalles del fondo, ya que había sido tomada al aire libre. Al cabo de unos momentos, golpeó la cartulina con el índice.

—Veo a lo lejos unas montañas y me parecen conocidas —dijo—. ¿No habrá un mapa de carreteras por alguna parte?

—Yo iré a buscarlo —se ofreció Beatrice.

Momentos después, regresaba con el mapa, que Turbin extendió sobre la mesa. Al cabo de un minuto, se incorporó y miró sucesivamente a las chicas.

—Creo, de modo razonable, saber al lugar donde tienen a Eunice —manifestó—. ¿Os atrevéis a venir conmigo para rescatarla?

Janice dio un paso al frente inmediatamente.

—Cuando tú digas, Hank.

Beatrice hizo un gesto de aquiescencia.

—No me quedará rezagada —declaró, resuelta.

Cuando ya se disponían a salir de casa, Turbin reparó en la indumentaria de las dos hermanas y se detuvo con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Janice, muy intrigada.

—Tú llevas blusa y falda, Beatrice blusa sin tirantes y pantalones... ¿Cómo vestía Eunice?

—Blusa, chaleco y bombachos —respondió Beatrice.

Turbin hizo un gesto negativo.

—Eso no puede ser —dijo—. ¿No tendréis ropas iguales?

—¿Para qué? —se extrañó Janice.

—Puede que no sirva de nada... pero, por si acaso, más vale estar prevenido. ¿Tenéis unas ropas parecidas?

—Iguales, exactamente iguales —contestó Beatrice riendo—. Pero nunca nos las ponemos al mismo tiempo...

—Esta vez, sí —dijo el joven firmemente—. Debéis cambiaros y, si es posible también, peinaros del mismo modo. Se me ha ocurrido una idea que acaso no necesite ser puesta en práctica, pero que, de ser así, podría dar buenos resultados.

—Muy bien, Bea —dijo Janice—. Vamos a cambiarnos. Aguarda aquí, Hank; estaremos listas dentro de diez minutos.

Al quedarse solo momentáneamente, Turbin se formuló una pregunta a sí mismo. Era evidente que Rowhyle y Franks andaban buscando la misma cosa: las esmeraldas que valían un millón de dólares. ¿Acaso entre los documentos robados de la caja fuerte de

Lily había alguna indicación del lugar donde habían sido escondidas?

\* \* \*

Cuando vio la casa situada en la ladera de la colina, oculta parcialmente por los árboles, Turbin detuvo el coche, saltó a tierra y enfocó hacia allí los prismáticos de que se había provisto por mediación de Janice. A su lado, las dos jóvenes le contemplaban con silenciosa expectación.

Al cabo de un momento, Turbin se volvió hacia ellas.

—Nos acercaremos por retaguardia, esto es, por la parte trasera, lo que significa que hemos de dar un largo rodeo, a fin de llegar sin ser vistos. Supongo que no os importará caminar un rato a campo traviesa.

—Haremos lo que tú digas, Hank.

—Gracias, Janice.

La muchacha enarcó las cejas.

—Esta vez no te has equivocado —dijo.

—Estoy aprendiendo a reconocerte. Y me conviene.

—¿Has oído, hermana?

Beatrice suspiró.

—Eres una chica con suerte —contestó jovialmente—. Tendré unos sobrinos guapísimos.

Turbin se echó a reír, mientras Janice se ruborizaba ligeramente. Luego él agarró con gesto posesivo la mano de la muchacha y tiró de ella.

La caminata resultó más larga de lo previsto, debido a las irregularidades del terreno que, en algunos puntos, parecía haber sido sometido miles de años antes a violentas convulsiones geológicas, tras la cual, se había desarrollado una vegetación exuberante, que dificultaba el paso en numerosos puntos. Al fin, un tanto fatigados, llegaron a un centenar de pasos de la casa donde suponían debía hallarse la prisionera.

El edificio se divisaba a través de los árboles, lo que le permitía acercarse más sin ser vistos. Turbin reanudó la marcha, hasta hallarse a unos veinte metros de la puerta posterior.

Estuvo observando la casa unos momentos. Luego se volvió

hacia las chicas.

—Yo me adelantaré. Venid cuando os haga señas.

Echó a correr y, en cuatro saltos, alcanzó la puerta posterior. Había varias ventanas en aquella fachada y las recorrió una a una. De pronto, se estremeció.

Eunice estaba allí, sentada en una silla, a cuyo respaldo tenía atadas las manos. Los tobillos estaban asimismo ligados a las patas delanteras de la silla, pero, por lo demás y salvo la incómoda postura, la joven no parecía haber sufrido daño alguno.

Era una habitación en desuso, en la cual, sin embargo, había algunos muebles viejos. Turbin levantó el bastidor con todo cuidado y luego se volvió hacia las otras, haciéndoles señas de que se acercasen.

Inmediatamente, penetró en la casa.

—No grites, Eunice; hemos venido a salvarte —dijo.

La muchacha volvió el rostro y sonrió.

—No sé por qué, pero desde el primer momento me pareció que debías ser tú el que me sacara de este apuro. ¿Cómo están mis hermanas, Hank?

—Aquí vienen —contestó él, mientras se inclinaba para cortar las ligaduras de la prisionera.

Janice y la otra entraron también.

—No hagáis ruido —aconsejó él—. Debemos marcharnos sin que se enteren de que estamos aquí... Sin embargo, en los primeros momentos, tendréis que ayudarla a caminar; debe de tener los músculos envarados. ¿Me equivoco, Eunice?

—Estoy muy rígida, en afecto —contestó la aludida.

—Será mejor que le demos un poco de masaje en las piernas —propuso Janice, a la vez que se arrodillaba frente a su hermana.

Mientras, Turbin se había acercado a la puerta del fondo, abriéndola ligeramente, a fin de escuchar los sonidos que pudieran producirse en el otro lado de la casa. De pronto, oyó una voz un tanto irritada.

—Ese maldito Franks tarde ya demasiado... ¡Rico!

—¿Sí, jefe?

—Asómate y mira a ver si la prisionera necesita algo. Hemos de cuidarla bien, ¿entiendes?

—Sí, señor. Oiga, si la parece, le llevaré una taza de café...

—Bueno, como quieras.

Turbin oyó el ruido del líquido al caer en la taza y se volvió hacia las muchachas.

—Va a venir alguien —dijo—. Tenéis que hacer lo que os diga...

\* \* \*

Marston abrió la puerta con la mano izquierda, dio un par de pasos en la habitación y se detuvo en seco, como si le hubieran clavado los pies al suelo. Durante unos segundos, se mantuvo en la misma postura, mientras tres rostros femeninos le contemplaban impasiblemente. Luego, sin pronunciar una sola palabra, dio media vuelta y regresó a la sala delantera.

—Jefe, hay tres —dijo con voz átona.

—Tres, ¿qué? —Gruñó Rowhyle.

—Tres chicas, exactamente iguales. Tres prisioneras.

—¿Has bebido?

—Ni una gota, jefe. Pero si no me cree, vaya al cuarto y véalo usted mismo. Mientras, sí, ahora sí me tomaré una copa...

Rowhyle, intrigado, se puso de pie, dejó a un lado la revista que estaba leyendo y se encaminó hacia la habitación trasera. Abrió la puerta, miró un instante a Eunice y luego cerró, sin percatarse de que al otro lado había un hombre y dos muchachas exactamente iguales a la prisionera.

Apretando las mandíbulas, regresó a la sala. Marston estaba sirviéndose el segundo trago y le tiró el vaso de un manotazo.

—¡Imbécil! —rugió—. ¿Tienes ganas de burlarte de mí? ¡Sólo hay una chica, la misma que trajimos esta mañana!

Marston miró un instante al sujeto y luego, en silencio, se dirigió al mismo sitio. Abrió la puerta y vio a dos prisioneras.

Sacudió la cabeza, cerrando y abriendo los ojos varias veces, para convencerse a sí mismo de que no padecía alucinaciones. Sin embargo, aún vacilaba sobre la integridad de sus sentidos.

—Voy a tocarlas —dijo en voz alta—. Así sabré si son de verdad o estoy soñando.

Avanzó unos pasos más y, de pronto, un grueso palo se abatió sobre su cráneo, haciéndolo caer fulminado al suelo.

—Vamos, chicas, a correr —dijo Turbin, sin soltar el garrote—.

Janice, conduce a tus hermanas al coche; yo me reuniré con vosotras dentro de unos instantes.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la muchacha.

—Delante de la casa hay un coche. Voy a inutilizarlo, para que no puedan seguirnos, porque se darán cuenta muy pronto de que la prisionera se ha escapado. Podéis caminar paralelamente al camino, pero sin acercarse mucho; de este modo, evitaréis el rodeo que hemos tenido que dar antes. ¡Vamos, no os quedéis ahí paradas como postes!

Las tres hermanas echaron a correr. Turbin rodeó la casa y, cautelosamente, se acercó al automóvil situado frente a la puerta principal. Agachado por el otro lado, empezó a vaciar el aire de la rueda delantera.

Cuando hacía lo propio con la rueda trasera, llegó un coche a toda velocidad, que se detuvo con gran chirrido de frenos. Un hombre saltó al suelo y Turbin lo reconoció en el acto.

Morgan Franks se precipitó hacia la puerta y la abrió de golpe:

—¡Shelby! —gritó—. ¡Ya sé dónde están las esmeraldas!

## CAPÍTULO XII

—¿Crees de veras que las esmeraldas están en esta casa? —preguntó Janice por la noche.

Turbin hizo saltar una llave en la palma de su mano. Luego la insertó en la cerradura y abrió la puerta.

—Presiento que tienen que estar aquí —contestó con firmeza.

Encendió la luz y contempló unos momentos la decoración de una casa que él conocía bastante bien. Janice entró tras él y cerró la puerta en silencio.

Durante unos momentos, ninguno de los dos habló. La vuelta se había podido efectuar sin inconvenientes y Turbin estaba seguro de que los secuestradores no podrían perseguirles inmediatamente, porque había deshinchado también dos ruedas del automóvil de Franks. Beatrice se había quedado con la hermana rescatada en casa, a fin de atenderla, aunque Eunice, salvo el susto, no había padecido apenas físicamente. Janice, por su parte, no había querido dejar al joven, manifestando sus deseos de ver por primera vez en su vida un puñado de esmeraldas que valían un millón de dólares.

—En casa tenemos algunas joyas, pero ni de lejos alcanzan el valor de la cuarta parte de esa cifra —le había dicho.

Turbin permaneció irresoluto. Le pareció que había poca luz y tocó otro interruptor, para encender una lámpara que había en el techo. Era una media esfera, bastante grande, sujeta a un aro de metal, pero la bombilla de su interior no se encendió.

Al fondo había una lámpara de pie y la encendió. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Es hora de que empecemos a buscar —sonrió.

—¿Y si no las encontramos...?

—Enviaremos todos los documentos a la Policía y nos

desentenderemos del asunto. Tú y yo tenemos otro mucho más importante por resolver y nos aplicaremos a ello con todas nuestras fuerzas.

—¿Qué asunto, Hank?

El joven sonrió y oprimió su mano suavemente.

—Tengo unas ganas locas de saber qué le pasa a un hombre con dos cuñadas exactamente iguales a su esposa —contestó.

Los ojos de Janice chispearon.

—Es la forma más original de pedir mi mano que podía imaginarme. Y, dime, Hank, ¿cómo piensas mantener a tu mujer después de la boda?

—Oh, con mi sueldo de profesor. Ayer, precisamente, recibí el contrato para trabajar en Stanford.

—Universitario, ¿eh?

—Antropólogo, para mayor exactitud.

—Eso significa estudio del hombre.

Turbin se inclinó hacia ella y la besó.

—Estudio del hombre en sentido lato, esto es, como ser humano, por lo que también se incluye a la mujer —respondió.

—¡Un antropólogo en la familia! —suspiró ella—. ¿Qué dirán mis padres cuando conozcan la noticia?

—¿Tienen alergia a la Antropología? —rió Turbin.

—Por supuesto que no, pero quizá esperaban que yo...

—Esperaban que te casaras con un hombre de negocios. O un abogado importante o, cuando menos, prometedor, ¿verdad?

De pronto, Janice le abrazó apasionadamente, a la vez que le miraba al fondo de los ojos.

—Estoy segura de que ellos desean que me case con un hombre de verdad —dijo con cálido acento.

Turbin la miró un instante y luego buscó su boca, que ella le rindió generosamente. Durante unos momentos, permanecieron así, abrazados fuertemente, ajenos por completo a la realidad, olvidados en absoluto de los motivos que les habían llevado a la casa de un hombre muerto días antes.

Una voz de tonos sarcásticos le arrancó a aquella especie de ensueño en que habían caído sin poder evitarlo:

—Perdonen la interrupción, pero ¿podrían decirnos si han encontrado lo que todos buscamos con tanto ahínco?

Turbin y Janice rompieron el contacto inmediatamente, volviéndose hacia la entrada, en la que se veían a tres hombres con muy distintas expresiones en sus rostros. Rowhyle sonreía sardónicamente, mientras Franks aparecía muy preocupado. Marston, por su parte, con la cabeza aparatosamente vendada, daba la sensación de estar buscando solo el momento propicio para desquitarse de la derrota sufrida.

De pronto, Marston sacó un revólver. Janice, asustada, se apretó contra el joven.

—Guarda ese chisme —gruñó Rowhyle—. No es necesario... todavía.

—Seguramente, lo utilizará contra nosotros, del mismo modo que lo hizo con Danley, cuando se dio cuenta de que hablaba conmigo y podía decir algo que les comprometía —dijo el joven.

—Danley se había convertido ya en un tipo molesto.

—Estorbaba, vamos.

—Exactamente. Bueno, ¿no me dicen nada de lo que buscamos?

Sujetando a la muchacha con el brazo izquierdo, Turbin hizo un amplio ademán con la otra mano.

—Adelante, háganlo ustedes. Nosotros no habíamos empezado siquiera —respondió.

—¿De veras? —preguntó Franks con no disimulada avidez.

—¿Qué le pasa? —sonrió el joven—. ¿Acaso el negocio del cine iba mal? ¿O era una tapadera para otros negocios menos lícitos, entre los que se incluyen el contrabando y el asesinato?

Franks emitió una maldición.

—Todavía me pregunto por qué aquel idiota de Mallory tuvo la idea de convencerme para que le dieran un papel en mi película —dijo de mal humor.

—Éramos buenos amigos, mi papel no era muy importante y, además, necesitaban a un hombre de mi apariencia. Pero calcularon mal en otros asuntos y se dejaron engañar por Mallory y Lily Grock.

—Están donde deben, en el infierno —barbotó el productor de cine.

—No se muestra usted muy compasivo con una estrella que le había dado a ganar montones de dinero. ¿Por qué tuvo que

mezclarse en estos asuntos tan poco honestos?

—Franks siempre está necesitado de dinero. Su productora es un pozo sin fondo —explicó Rowhyle—. Le gusta presumir, salir en los diarios, verse rodeado de estrellas famosas y mujeres bonitas, y eso cuesta mucho. Cuando le propuse el negocio de las esmeraldas, aceptó a ojos cerrados.

—Y luego el asunto se torció, cuando dos personas decidieron que tenían derecho a la mitad del botín, sin duda, porque realizaban la parte más peligrosa del trabajo. Y, a su vez, Mallory engañó a Lily, quedándose con la mitad de las esmeraldas... pero no he entendido por qué lo hizo. ¿Cuáles fueron los motivos?

—Lily era muy voluble y no le gustaba mantener relaciones mucho tiempo. Mallory se sintió postergado y decidió desquitarse, quedándose con el millón en esmeraldas. No era cierto su lío con otra, como dicen algunos.

—Y ella, claro, decidió, a su vez, que Mallory no disfrutaría del botín y la pegó un tiro durante el rodaje de la escena en que debía morir ficticiamente.

—Aún no sabemos quién lo mató...

—Fue Lily y yo tengo la prueba —dijo Turbin.

Rowhyle pareció sentirse desconcertado. Franks, por el contrario, se mostraba impasible. El joven lo notó y agregó:

—Apuesto a que él lo sabía desde el primer momento. ¿Me equivoco, señor Franks?

El productor de cine no contestó. Rowhyle se volvió hacia él.

—¿Es cierto, Morgan?

Franks se encogió de hombros.

—¿Y qué? Eso ya no tiene ninguna importancia...

—La película era rematadamente mala y usted iba a perder una enorme suma de dinero —acusó Turbin—. Cuando supo que Mallory había muerto, se imaginó en el acto quién lo había hecho, pero calló por varias razones, una de ellas, muy importante, era que no podía denunciar a Lily, para así poder terminar el rodaje. La película habría tenido un atractivo suplementario, al proyectarse con la muerte auténtica del protagonista. Otra razón era que quería arrancar a Lily el lugar donde estaban las esmeraldas. En los estudios, si se sabe escuchar, se oyen muchas cosas interesantes, señor Franks. Rumores, claro, pero uno empieza a hacer

deducciones y a atar cabos, y llega al final a conclusiones muy interesantes.

El productor no dijo nada, pero Rowhyle parecía desconcertado.

—¿Es cierto todo eso, Turbin?

—Puede tenerlo por seguro —repuso el joven con firme acento.

—Y si él hubiera encontrado las esmeraldas, me habría dejado plantado y...

—Y haciéndola cargar con todas las culpas de las muertes cometidas, incluso las de los esbirros de Haskell, a quien, de este modo, apartaron de la competencia, porque también él andaba buscando ese millón de dólares. Pero Haskell estaba muy bien protegido personalmente y no pudieron eliminarle, por lo que decidieron quitar de en medio a dos de sus hombres de confianza, Pemberton y el otro, como una especie de aviso de lo que le podía pasar si insistía en seguir adelante con sus proyectos. Eso eliminó a un incómodo competidor, pero no contó con los imponderables, con algo en lo que no había pensado siquiera. Es decir: yo.

Hubo un instante de silencio. Luego, Rowhyle, mirando al joven de través, dijo:

—Debo dar por cierto todo lo que acaba de manifestar.

—Tan cierto como todos los documentos que guardaba Lily en su caja fuerte y que van a ser enviados a la Policía inmediatamente —respondió Turbin sin pestañear.

—Y él me engañaba... y yo cargaba con las culpas... —murmuró Rowhyle, como si hablase consigo mismo.

Franks extendió las manos.

—Shelby, deja que te explique... Ese hombre te está mintiendo... —dijo desesperadamente—. No le creas...

—¿Me tomas por tonto? —bramó Rowhyle—. Hace tiempo ya que vengo notando en ti actitudes muy extrañas, pero quería concederte el beneficio de la duda... y lo que acabo de oír ahora, despeja claramente la situación. Incluso confías en quedarte con las esmeraldas para ti solo... ¡pero no las disfrutarás en el infierno, que es adonde te voy a enviar ahora mismo!

Bruscamente, Rowhyle sacó un revólver «Colt» 38, con cañón de cinco centímetros, y disparó dos tiros contra el productor.

Franks cayó el suelo, aullando espantosamente. Marston parecía petrificado por algo que había ocurrido de forma tan inesperada.

Turbin se dijo que debía hacer algo. Rowhyle parecía haber perdido la razón y no permitiría que dos testigos presenciales quedasen con vida. Cuando se volvía hacia ellos, levantó el pie rápidamente y asestó una tremenda patada a la mano que empuñaba el arma.

El revólver se disparó hacia lo alto y el proyectil destrozó la lámpara del techo, de la que empezaron a llover inmediatamente unos diminutos cristales de color verde. Rowhyle, olvidado momentáneamente del dolor de su mano, lanzó un feroz aullido de júbilo:

—¡Las esmeraldas!

Marston tenía los ojos fuera de las órbitas. Turbin aprovechó el momento de indecisión de los dos hombres y, saltando hacia adelante, golpeó duramente con el puño la mandíbula del asesino.

Rowhyle se desplomó hacia atrás. Cayó sobre Marston y éste, pillado a contrapié, no pudo resistir el choque y cayó a su vez al suelo.

Veloz como el rayo, Turbin se apoderó del revólver que Rowhyle había perdido en la caída. Rowhyle estaba aturdido, pero Marston trataba de incorporarse y el joven le apuntó con el arma.

—Rico, si se mueve, le pegaré un tiro —dijo amenazadoramente—. Voy a darle un consejo: cuando llegue la Policía, será mejor que declare todo lo que sabe; es la única manera de salir bien librado de este asunto. Usted no ha cometido ningún asesinato y eso puede servirle de mucho en el juicio. ¿Lo ha comprendido?

Marston asintió pesadamente.

—Diré... la verdad... —contestó.

Turbin movió la mano izquierda.

—Janice, por favor, usa ese teléfono —indicó.

\* \* \*

Turbin entró en la casa, portador de un monumental ramo de flores, y vio a una joven de espaldas a la entrada, hablando por teléfono. Acareándose a ella, sujetó su cintura por un brazo por detrás y luego la besó cálidamente en una mejilla.

—Todo listo, cariño. Mañana iremos a la iglesia y... Ella se volvió y le miró sonriente.

—Hank, deje esas efusiones para el padre de Janice —dijo. Turbin abrió la boca, estupefacto.

—Pero tú no... Usted no es... Y, sin embargo, lo parece...

—Soy Betty Hyland —se presentó ella.

Turbin cerró los ojos un momento.

—Hubiera jurado que usted era... ¡Tan joven! —se admiró.

La señora Hyland se echó a reír.

—Ellas nacieron hace veintidós años. Pero no querrás que te diga los que yo tenía entonces, claro.

—Muy pocos, señora —sonrió al joven—. Tenía que ser casi una chiquilla y... Ahora parece la hermana mayor, pero con muy pocos años de diferencia.

—Hank, eres terriblemente halagador. Janice me ha hablado mucho de ti y me alegro infinito de que seas su marido. —Betty Hyland suspiró—. Eso es bueno por una parte; pero, por otra, antes de que me dé cuenta, me habré convertido en abuela...

—Entonces, diga lo que dijo Beatrice que diría cuando tengamos niños: serán sus sobrinos.

Betty se echó a reír de nuevo.

—Comprendo perfectamente a Janice —contestó—. ¿Te quedas a cenar, Hank?

—Si no hay objeción... Pero ¿dónde está Janice?

—Arriba, discutiendo con sus hermanas los detalles de la ceremonia. Déjalas; a las mujeres nos gusta mucho discutir de trapos. ¿Quieres tomar una copa con tu inminente suegra?

Turbin rió también.

—Su sentido del humor es magnífico, señora Hyland —contestó, a la vez que le ofrecía al brazo galantemente.

Janice se asomó en aquel momento por el corredor del primer piso.

—¡Hank, bajo en seguida! Mamá, no me lo conquistes...

—No sientas ningún temor, muchacha; lo tienes loco por ti. ¿Verdad, Hank?

Turbin levantó la vista y sonrió anchamente.

—De remate —contestó.



LUIS  
GARCÍA  
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.